BIANCA™

HARLEQUIN™

ELLAS SON MILLONARIAS



KIM LAWRENCE

CON SUS CONDICIONES

Portadilla

BIANCA™

KIM LAWRENCE

CON SUS CONDICIONES

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Kim Jones
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Con sus condiciones, n.º 3216
Título original: Reclaimed on Romano's Terms
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción.
Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370172428

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo

Prólogo

Desde el camino que llevaba hasta el palacete se veían las luces que se habían dejado encendidas al salir. Al volante, el padre de Amy continuaba en silencio, tal y como había estado durante todo el trayecto de regreso desde el hospital.

No era un silencio relajado y cómodo, sino un silencio profundo y tenso. Solo se había dirigido a ella con miradas envenenadas cada vez que ella miraba de reojo los mensajes de su teléfono móvil.

Amy tenía el teléfono en la mano, pero no se había atrevido a sacarlo tras ver la expresión de furia que había en el rostro de su padre.

«Ya no eres tan valiente», se dijo en silencio.

Antes, había sido otra historia.

Amy se había mostrado desafiante tras la reacción de sus padres. A pesar de que su madre solía actuar de moderadora cada vez que ella hacía algo que su padre desaprobaba, en esa ocasión no había sido así.

Sus padres se habían horrorizado por igual.

Amy negó con la cabeza como para tratar de bloquear la escena que aparecía en su cabeza una y otra vez.

No funcionó.

–¿Que cómo de lejos ha ido? –repitió–. No más allá de lo que yo deseaba.

–¡Mi niña! –exclamó la madre.

–Mamá, esto no es un melodrama. Ya no soy una niña. La semana que viene cumpliré diecinueve años.

Inmersa en sus propios pensamientos, no se percató de que su padre había parado el motor y estaba abriendo la puerta. Amy lo

agarró de la manga y él se volvió para mirarla un instante.

Ella lo soltó, y él se frotó la manga como si estuviera contaminada por su roce.

–Mamá se pondrá bien, ¿verdad, papá?

A pesar de las palabras tranquilizadoras de los médicos, Amy no terminaba de creérselo. Ni siquiera después de que su madre hubiera recuperado la conciencia.

Cuando su padre cerró la puerta del coche dando un portazo, ella puso una mueca.

Las luces de seguridad se fueron encendiendo a medida que él avanzaba hacia la puerta principal. Habían salido tan deprisa detrás de la ambulancia que ni siquiera la habían cerrado.

Mordiéndose el labio inferior, Amy se bajó del coche y permaneció en la entrada semiiluminada. El aire de la noche le enfrió la piel, pero no aplacó la mezcla de emociones que inundaban su cabeza.

Amy miró hacia el reloj de la torre del arco que llevaba hacia los establos y se sorprendió al ver que era la una y media. ¿De veras solo habían pasado seis horas desde que, con todo recogido, les había dicho a sus padres que tenía intención de marcharse? Ella sabía que había hablado a la defensiva para tratar de compensar el nudo que se le había formado en el vientre y el temblor de sus rodillas.

Después de haber pasado la vida entre algodones, algo que había terminado por ser agobiante, había decidido liberarse a pesar de la desaprobación de sus padres.

Seis horas. Lo que significaba que Leo llevaría esperándola cinco horas, puesto que ella había calculado una hora para llegar al lugar de reunión acordado.

¿Seguiría esperándola? ¿Qué habría pensado al ver que no aparecía?

Amy agarró el teléfono que llevaba en el bolsillo. Deseaba poder recuperar parte del valor que había mostrado horas antes. Sin embargo, su valentía se había desvanecido al ver cómo el cuerpo de su madre se sacudía como consecuencia de las descargas que le habían administrado los paramédicos. El miedo le había arrebatado a

Amy toda la seguridad en sí misma, incluso antes de que su padre comentara:

–¡Tú lo has provocado!

Amy ya no creía en la idea de que el amor lo arreglaría todo. Esa idea había hecho que permaneciera en silencio escuchando una ristra de acusaciones y amenazas.

–Sal por esa puerta y ya no tendré hija.

–No apruebas que salga con Leo, pero lo quiero y sé que estamos hechos el uno para el otro. No tengo elección.

No obstante, sí tenía elección y fue la que tomó cuando su madre recupero la conciencia y se quitó la máscara de oxígeno un momento para suplicar:

–No lo hagas, Amy. Prométeme que no te irás con él.

–Lo prometo, mamá.

Amy se dirigió hacia la puerta abierta, pero su padre ya había desaparecido de su vista. La lámpara de techo iluminaba la elegante escalera por la que Amy estaba bajando cuando su madre pronunció un grito de angustia, se llevó al mano al pecho y se desmayó. Amy se volvió rápidamente y corrió a su lado.

Su padre también estaba a su lado, tenía el rostro colorado y contrastaba con la tez pálida de su madre.

–¿Estás contenta ahora que has estado a punto de matarla?

Amy contuvo las lágrimas al ver que la imagen se repetía una y otra vez en su cabeza. Miró el teléfono que llevaba en la mano, recordando cómo tuvo que gritar para poder darle los detalles a los servicios de emergencia mientras su padre continuaba con las acusaciones.

–¿Respira? –le preguntaron.

–¡No lo sé! –había exclamado ella con frustración. El miedo dificultaba que pudiera llevar a cabo las instrucciones que le daban dese el otro lado del teléfono.

–Sí, creo que tiene despejada la vía aérea, pero tiene los labios morados. ¿Compresiones en el pecho? Yo. De acuerdo.

Cuando aparecieron los paramédicos, ella suspiró aliviada y comenzó a llorar antes de retirarse para dejarlos trabajar.

El trayecto hasta el hospital lo recordaba como una nebulosa, igual que la llegada al área de urgencias. No obstante, recordaba bien algunos detalles, como el emoticono con forma de corazón que vio en la pantalla de su teléfono antes de que le pidieran apagar el teléfono para poder entrar a la sala donde estaba su madre, rodeada de todo un equipo médico.

Al llegar al pie de las escaleras, Amy oyó pasos dentro de la casa y se contuvo para no retrasar el momento en el que tendría que quedarse a solas con su padre.

Estaba tratando de reunir el valor necesario cuando, al oír un ruido, volvió la cabeza y vio una silueta alta y delgada.

–¡Leo! –exclamó asombrada–. No. No puedes estar aquí. –Miró hacia atrás con nerviosismo. La situación ya estaba lo bastante mal sin Leo, que no tenía ni idea de lo que era estar en el punto de mira del enojo de su padre.

Él dio un paso adelante y la luz iluminó los rasgos de su rostro, resaltando sus pómulos, su nariz y la curva de sus labios sensuales.

Las sombras no suavizaban su aura masculina ni la esencia de peligrosidad que desprendía. Ese peligro la había atraído en un principio, pero fue su pasión y sensibilidad lo que hizo que ella permaneciera a su lado, convirtiendo el deseo en amor.

Tanta masculinidad provocó que se le tensaran los músculos del bajo vientre y que le costara respirar. La sensación de pérdida que experimentó a continuación era como un peso anclado a su pecho.

–¿Dónde estabas, Amy? –Se acercó a ella. No estaba enfadado, solo confuso y frustrado–. Te estuve esperando.

Aunque sonara a disparate, cada célula del cuerpo de Amy reaccionó al oír su voz.

–¿Qué te han hecho?

Ella permaneció quieta, preparada para correr hacia él y abrazarlo. Deseaba sentir su cuerpo musculoso, inhalar su aroma y apoyar la cabeza contra su pecho.

Deseaba que el resto del mundo desapareciera y que solo quedaran Leo y ella.

Cuando estaba con Leo, se sentía más fuerte y valiente. Era más ella misma. Igual que cuando hacían el amor sentía algo profundo que invadía todo su cuerpo.

–¿El sexo siempre es así? –había preguntado ella la primera vez, puesto que no tenía con qué comparar.

–Para mí no lo es –repuso él, tan asombrado como ella.

Mirándolo fijamente, ella dio un paso hacia él.

–Lo siento mucho, Leo –comentó, tratando de contener las lágrimas.

De pronto, comenzó a llover y, puesto que ella estaba bajo el porche de la casa, no se mojó. Leo se empapó enseguida, pero no parecía importarle.

Ella se percató de que su padre se acercaba por detrás y se volvió para ver que llevaban un teléfono en la mano, apuntándolo hacia Leo como si fuera un arma.

–Ya he llamado a la policía para decirles que hay un intruso. Estoy grabándolo todo, así que ¡mantén la distancia!

Leo miró al padre de Amy y después a ella.

–No he venido para discutir con usted. Solo he venido a por Amy.

Amy miró la mano que él le extendía y suspiró angustiada.

–No lo comprendes, Leo.

Se miraron durante tres segundos y, después, él bajó la mano.

–Puede que sí. Esto es lo que tú quieres –comentó gesticulando a su alrededor–. Quieres tu vida de lujo… el club de tenis, los viajes de esquí. No tenías intención de apartarte de ello, ¿no es cierto? –Se encogió de hombros–. Ya lo he captado.

–¡No! No es eso. Es solo que no puedo.

–Amy –la interrumpió su padre.

–Lo siento, Leo, pero…

–No necesito *peros*. Adiós, Amy. Sin duda, ha sido toda una experiencia.

Leo se volvió para marcharse y se llevó algo de Amy con él.

Capítulo 1

Nueve años más tarde

Leo Romano iba hablando por teléfono mientras caminaba y se detuvo junto a la cristalera desde la que se contemplaba la ciudad. Sin embargo, ignoró la vista y terminó la conversación con un *ciao* cortante.

Se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón vaquero y se secó el cabello con la toalla que llevaba al cuello, antes de lanzarla sobre una silla de diseño. Negó con la cabeza y cubrió de gotitas la camisa de seda azul que todavía no se había abrochado. La llevaba abierta y su torso bronceado quedaba al descubierto, igual que su vientre musculado. La hebilla dorada de su cinturón era un tono más claro que su piel.

Abrochándose la camisa con una mano, se detuvo frente al ordenador portátil que tenía sobre la mesa. En la pantalla aparecía la imagen de una silueta delgada. En el fondo se veía parte del edificio del que estaba saliendo la mujer, bloqueado por las hordas de periodistas portando cámaras y micrófonos. Ella parecía tranquila, a pesar de la locura que reflejaba la imagen. Estaba muy pálida y miraba hacia arriba.

Su melena castaña, aquella que él había acariciado con sus dedos, estaba recogida en una trenza y sujeta alrededor de su cabeza. Amy Sinclair estaba más guapa que hacía nueve años.

La estructura delicada de su rostro y sus ojos marrones de largas pestañas combinaban perfectamente con sus cejas oscuras y su boca sensual. Esa boca que había alimentado cientos de fantasías en él.

Leo miró a otro lado para intentar bloquear el sentimiento de frustración que se había alojado en su entrepierna. Era algo humillante para un hombre que alardeaba de su capacidad para separar las emociones de la toma de decisiones en todos los aspectos de su vida. El hecho de que Amy lo hubiera rechazado lo había convertido en el hombre que era, así que tenía mucho que agradecerle.

Leo respiró hondo y apretó los puños. Habría sido más sencillo fingir que no sentía nada, pero llevaba nueve años haciéndolo y estaba cansado.

Había llegado el momento de dejar de negarlo y enfrentarse a su debilidad.

Durante nueve años había tratado de convencerse de que la familia Sinclair formaba parte de la historia y había quedado arrinconada en un lugar polvoriento de su mente.

Él había continuado con su vida.

Aunque se percató de su autoengaño cuando el escándalo de George Sinclair apareció en los titulares: «Ejecutivo adinerado pillado con las manos en la masa».

Teniendo en cuenta la historia que compartían, habría sido razonable que él se alegrara por un momento y luego continuara con su vida.

Sin embargo, se había obsesionado completamente con la historia y se había dedicado a leer y a escuchar cada noticia acerca del juicio de Sinclair y de su posible encarcelamiento. Además, también había guardado todas las fotos y artículos sobre la hija de Sinclair, quien gracias a su lealtad y dignidad había conseguido muchos seguidores.

Tenía muchas fotos y él había mirado cada una de ellas.

Leo había leído todos los artículos, los de la gente alocada y los de los comentaristas serios. Aquellos que adoraban a Amy Sinclair por ser una hija responsable y dedicada se enfrentaban con los teóricos de la conspiración que habían concluido que ella era la mente criminal detrás del delito y que se había librado del castigo, mientras que los verdaderamente locos hablaban de la posibilidad de que ella proviniera de Marte.

Él había visto y leído todas las noticias, y solo porque, nueve años antes, Amy Sinclair lo había rechazado.

Algo de lo que supuestamente se había recuperado totalmente.

Al fin y al cabo, no era la única persona del mundo que había sido rechazada por su primer amor, y tampoco había sido su primera experiencia de rechazo. Era cierto que su madre no lo había rechazado exactamente, pero había muerto, algo que siendo un niño se sentía como algo muy parecido.

Después llegaron las casas de acogida, donde un par de malas experiencias le habían dejado huella, aunque la mayor parte de las familias habían sido amables con él. No obstante, todas las personas que lo habían conocido habían considerado que era demasiado reservado. Era difícil encariñarse con un niño que no sonreía ni lloraba.

La escuela no le había ofrecido la estimulación que su mente ágil necesitaba. Su último informe decía: «Un poco solitario, pero bueno con los animales». Cuando conoció a Amy Sinclair, él estaba trabajando en los establos de un santuario donde cuidaban a caballos viejos o maltratados. Ella era una de las voluntarias ricas que colaboraban allí y de las que él solía mantenerse alejado.

Amy había sido la primera persona de su vida que había confiado en él. Excepto que, por supuesto, no era verdad. Ella simplemente le había seguido el juego, y cuando llegó el momento de tomar una decisión, el atractivo de vivir en un barrio pobre se había desvanecido. Así que ante la idea de dejar su vida de princesa mimada para vivir con un perdedor, tal y como lo había calificado su padre, ella mostró su verdadero ser. Leo no estaba orgulloso de cómo había vivido después de separarse de Amy, regodeándose en la autocompasión y bebiendo demasiado. Después, llegó un punto en el que empezó a ver la parte positiva de la historia y reconoció que había aprendido lecciones muy importantes.

Nunca volvería a considerar que una mujer era suya, y había borrado de su vocabulario el término media naranja. Además, había descubierto que ser un lobo solitario y pensar de manera diferente no lo convertía en un perdedor.

De hecho, esos rasgos podían ser positivos cuando se trataba de hacer dinero, tal y como había demostrado el éxito que había tenido invirtiendo en criptomonedas. La autoconfianza que había ganado en sí mismo le había ayudado a superar el siguiente reto que surgió de la nada.

Al parecer tenía un abuelo italiano que era millonario y que pensaba que Leo consideraría la noticia como si le hubiera tocado la lotería. Sin embargo, Leo decidió echarle en cara que solo había echado a su hija de su lado porque se había enamorado de un hombre que él no aceptaba. Leo no tenía interés alguno en ser el elegido, y era capaz de alcanzar su propio éxito sin necesidad de heredar.

–¿Crees que me importa el apellido Romano o que tu familia pertenezca a la nobleza? ¿Tu dinero? Viniste a buscarme porque no hay nadie más, pero quizá deberías haberlo pensado antes de echar a mi madre de tu lado. No voy a besarte el anillo, ¡porque tú me necesitas más de lo que yo te necesito a ti!

Leo esbozó una sonrisa irónica al recordar su primer encuentro. Había sido un encuentro tormentoso, por decirlo de alguna manera. Durante años había transitado varias tormentas mientras trabajaba junto a su abuelo y, aunque el hombre ya no participara de forma activa en la gestión diaria del patrimonio de los Romano, había ocasiones en las que se encontraban.

Los hombres que lanzaban a sus hijas a los lobos no merecían la admiración de Leo, pero, con el paso de los años, ambos hombres habían llegado a entenderse.

Miró la pantalla por última vez. Tampoco sentía admiración por las hijas que apoyaban a sus padres culpables.

Miró con frialdad la imagen y cerró el ordenador portátil. Había permitido que afloraran los fantasmas del pasado en su cabeza. Necesitaba liberarse y retomar su vida. Una vida que no estaba nada mal.

Nueve años antes, él no estaba en situación de vengarse de la familia responsable de su humillación.

Estiró el brazo y agarró la chaqueta de cuero que se había quitado antes. Era él quien llevaba la sartén por el mango en esos

momentos.

Mientras se acomodaba en el asiento del conductor de su coche, miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca. Tardaría media hora hasta donde estaba aparcada la camioneta de comida donde, según se decía en las revistas, Amy preparaba milagros culinarios.

Ella había pasado de ser la cocinera jefa en un restaurante con estrellas Michelín de la capital, que pertenecía a su padre, a llevar una camioneta de comida. Su caída en la esfera social y profesional había sido muy rápida, igual que el recorrido que él había realizado en el sentido contrario.

Según las investigaciones que él había hecho, ella todavía estaría allí cuando llegara. Al parecer, ella trabajaba muchas horas y su único ayudante era un chico que pertenecía a un plan de empleo del gobierno y un cocinero.

Amy debía estar destrozada sin que su papá pudiera decirle lo que hacer, sin que papá le comprara un restaurante como si fuera un juguete, ya que, por lo que él sabía, su papá todavía aprobaba a sus novios.

Sí, Leo esperaba que ella se hubiera desmoronado, pero no lo había hecho.

Todo el mundo sabía que ella había recibido muchas ofertas para que contara su historia en las revistas, pero no había aceptado ninguna.

Leo suponía que debía tener dinero ahorrado y que había esperado a que le ofrecieran una suma mayor. No obstante, no había sucedido, no había contado su historia y había resurgido como una de las propietarias de Gourmet Gypsy, una camioneta de comida elaborada.

A pesar de haberse convertido en una paria social, todavía tenía algunos amigos en la industria, ya que habían aparecido algo de publicidad y un par de críticas positivas. Además, se estaba ganando la vida con ello.

La consideraban una mujer resiliente, imaginativa y trabajadora.

Hacía falta ser una persona dura para hacer lo que Amy había hecho, pero Leo sabía que no era tan dura.

Cuando el padre de ella salió de la cárcel con antelación y Leo se enteró de que había habido un aumento de efectivo en Sinclair, finalmente comprendió lo que sucedía. Amy siempre había seguido las órdenes de su papá y aquello formaba parte del plan a largo plazo de su padre. El negocio de Amy era solo una coartada para que él pudiera ayudar a sus amigos a blanquear dinero.

¿Era cierto que ella formaba parte de aquel engaño, o era solo una partícipe involuntaria del mismo? Había llegado el momento de descubrirlo.

Media hora más tarde, Leo aparcó el vehículo.

Desde donde estaba podía ver la SliverStream con un letrero a cada lado conde ponía Gourmet Gypsy. El interior seguía iluminado y se distinguía una silueta moviéndose en el interior.

Después se apagaron las luces, se abrió la puerta y él observó que una mujer, que vestía una chaqueta guateada bastante fea, bajaba las persianas y cerraba con llave.

Ella no pareció reparar en un grupo de cuatro jóvenes con capucha que se pasaban una botella de alcohol, y que a juzgar por cómo se tambaleaban parecía que no solo habían tomado alcohol.

La Gourmet Gypsy estaba situada en una calle que dividía una zona de tiendas caras y elegantes de otra zona con más carencias.

Leo salió del coche y pensó en lo irónico de la vida. Había ido allí para castigarla y, sin embargo, a lo mejor terminaba salvándola.

Capítulo 2

Amy estaba agotada, pero reconocía que el agotamiento le servía para detener la preocupación. Se preocupaba mucho, y desde que había aceptado la idea de su padre de que pusiera su nombre a su nueva empresa, se preocupaba todavía más.

Por supuesto, se alegraba de que él hubiera recuperado el foco y se sentía orgullosa de que quisiera reconstruir su vida y pagar a los inversores que había perdido por las malas decisiones que había tomado. Siempre se había quejado de que una serie de injustos obstáculos habían impedido que reconstruyera su vida y llegara al éxito.

Amy nunca olvidaría la noche en que, después de pagar la fianza tras el juicio, lo encontró tumbado en el sofá rodeado de botes vacíos de pastillas. Ella había estado tan enfadada con él que había tratado de evitarlo el mayor tiempo posible, y él había estado a punto de morir.

–No lo comprendo. ¿En qué están invirtiendo ellos? –No era posible que su negocio valiera una parte de la suma de dinero que ella había visto en los documentos que su padre le había pedido que firmara.

Amy tenía sus dudas, pero le asustaba pensar cómo podía reaccionar su padre si no mostraba que confiaba en él. Aunque no comprendía cómo su negocio podía justificar tanta inversión. Además, los suministradores que ella tenía eran mucho más baratos que los contratos que su padre había negociado. Ella trabajaba veinticuatro horas, siete días a la semana, para conseguir que Gourmet Gypsy saliera a flote. Además, ¿qué esperaban esos inversores a cambio de su dinero?

No obstante, ella quería complacer a su padre. Después de todo, él era el único familiar que le quedaba, ya que su madre había fallecido justo después de que a él lo arrestaran.

Él le había asegurado que los inversores no interferirían. Lo único que necesitaba era la firma de Amy, muchas firmas, y cuando ella quiso leer los papeles que estaba firmando, su padre le preguntó si no confiaba en él.

También le dijo que ya había pagado por su delito y que merecía una segunda oportunidad, así que, si no se la daba su hija, ¿quién se la daría?

Amy sacó el teléfono del bolsillo y miró la hora para ver a qué hora llegaría a casa. A pesar de que su padre se quejaba sobre el apartamento, y de que ella realmente no podía mantenerlo, le gustaba. Además, necesitaba una habitación para él.

Todavía no había guardado el teléfono cuando alguien se lo quitó de la mano. Amy se sobresaltó y se fijó en que los chicos se estaban riendo mientras la rodeaban. A pesar de que su instinto le decía que debía salir corriendo, empezó a quejarse. No podía permitirse un teléfono nuevo y en ese llevaba guardada toda su vida.

–Es un teléfono muy viejo. No os va a servir. Yo lo necesito –intentó hablar con calma, pero apenas podía oír sus palabras debido al fuerte latido de su corazón.

–¡Lo necesita! –se burló el chico que tenía el teléfono–. Un poco snob, ¿no? –Se giró blasfemando y vio que sus amigos no estaban a su lado. No comprendía por qué se habían marchado. De pronto, ella le arrancó el teléfono de las manos–. ¡Zorra! –exclamó el chico, y la agarró.

Amy trató de zafarse y, al moverse, le pisó el pie. El chico blasfemó de nuevo y la agarró por el cuello con fuerza. Ella dejó caer el teléfono y notó que recuperaba la respiración. En ese momento, miró de reojo a un hombre alto que estaba muy cerca. Respirando con dificultad, se dejó caer de rodilla en el suelo y trató de no vomitar. Al cabo de unos instantes se incorporó una pizca y, con los ojos entornados, preguntó:

–¿Ya se han ido?

–Se han ido –oyó que contestaban en un idioma que podía identificar, pero no conocía.

No obstante, sí reconocía aquella voz. No le hizo falta mirar. Conocía muy bien a aquella persona.

No tenía ni idea de cómo había aparecido allí, pero estaba a su lado.

¿Se había vuelto loca? ¿Se había golpeado la cabeza?

Era posible. Más que el hecho de que Leo estuviera a su lado. Con el corazón a mil por hora, se secó las palmas sudorosas contra los muslos y se puso en pie.

–¿Leo? –susurró ella, mirándolo con incredulidad. Recordaba la última vez que lo había visto y cómo él se había marchado decepcionado. Sin embargo, ya no había decepción en su mirada. Estaba relajado, excepto por cierta tensión que mostraba en su mentón. Ella conocía tan bien aquel rostro. Recordaba la cicatriz pequeña que tenía en un lateral de la boca y el magnetismo que emanaba de todo su cuerpo.

Amy se abrazó para intentar calmar las emociones que la invadían por dentro. Leo estaba allí, igual pero distinto. Habían pasado nueve años y estaba más musculoso. Además, tenía más marcadas las facciones, y con la mirada parecía capaz de adentrarse en su alma.

Ella sabía que lo mejor era acordarse de que aquello no era más que pura atracción sexual. Hormonas y reacciones químicas.

Nada más.

De todo lo que podía haber dicho, solo exclamó:

–¡Hablas italiano!

Él esbozó una sonrisa y ella sintió un vuelco en el estómago.

–Me parecía correcto aprender el idioma de mi madre.

–Por supuesto… Enhorabuena. Debe ser agradable tener familia.

–Ha debido ser doloroso.

Amy negó con la cabeza tratando de comprender las emociones que invadían su cuerpo.

–No sé qué quieres decir con eso.

–Podría haber sido tu familia también. Eso ha debido resultar doloroso.

–Me alegraba por ti, lo creas o no.

–La gente dice que lo de la sinceridad se te da muy bien.

–¿Les has hecho daño a los chicos? –preguntó ella, tratando de no seguir pensando en el pasado.

–Se marcharon tras una conversación civilizada. No hace falta que me des las gracias.

–No lo haré. Lo tenía todo bajo control.

–Sí, ya lo vi.

Ella ignoró su comentario sarcástico.

–Bueno, no sé por qué estás aquí, pero no creo en las coincidencias, así que…

–Entonces, has cambiado mucho. Solías creer en la conejita de Pascua –repuso él.

–Han pasado nueve años. Por supuesto que he cambiado, Leo. –No había pronunciado su nombre en todo ese tiempo. Excepto en sueños.

Él también había cambiado. Iba vestido con ropa de diseño, pero seguía teniendo el mismo atractivo innato que la había cautivado años atrás. No obstante, parecía que había añadido una capa adicional a su persona. No era solo la expresión dura de su rostro, sino la arrogancia con la que se desenvolvía y que no había mostrado nueve años atrás.

Al mirarlo de nuevo, Amy se estremeció de la misma manera que se había estremecido la primera vez que lo vio. No obstante, se tranquilizó al pensar que ya no reaccionaba de forma imprudente ante la excitación que él le provocaba. A pesar de que volvía a sentir calor en la entrepierna, ella había cambiado.

Conocía las consecuencias.

Dejar la relación con él había sido lo más doloroso que había hecho en la vida. Observar cómo se alejaba de su lado, y pensar que lo había traicionado, había hecho que fuera todavía peor.

Y en ese instante no tenía ni idea de lo que a él le pasaba por la cabeza. Su expresión no le transmitía nada. Era como un desconocido.

Leo la observó mientras ella se enderezaba y alzaba la cabeza tratando de mostrar frialdad en su rostro. No podría engañarlo. Amy había reaccionado ante él igual que siempre. Nueve años era mucho

tiempo, pero no le había servido para aprender a ocultar el hecho de que todavía lo deseaba.

–¡Deberías haberles dado el teléfono!

Amy percibió su rabia durante un instante y dio un paso atrás.

Él apretó los labios para no seguir hablando y la miró fijamente.

Ella reaccionó humedeciéndose los labios, lo miró y suspiró.

–Estabas dispuesta a pelearte por él, así que toma –le dijo él.

Amy estiró el brazo y, cuando sus dedos rozaron los de Leo, se estremeció. Miró a otro lado para no ver el rostro del hombre al que había amado, agarró el teléfono y lo presionó contra su pecho.

«Amado y abandonado».

Después de aquella fatídica noche había pasado varios meses imaginando la escena una y otra vez. Sustituyendo los hechos con diferentes situaciones, pero ninguna de ellas con final feliz.

Algunas personas no estaban hechas para estar juntas.

Negó con la cabeza y forzó una sonrisa.

–Este teléfono contiene toda mi vida.

–¡Tu vida! –exclamó él, frunciendo el ceño–. Caminar sola, a estas horas de la noche por un lugar como este, ¡no indica que te preocupe mucho tu vida!

–Esta zona es perfecta. –Respiró hondo al darse cuenta de que discutir no iba a llevarla a ningún sitio–. Mira, te agradezco lo que has hecho, pero lo habría manejado bien. Estaba en ello.

–Ah, ¿sí? –preguntó él con sarcasmo.

–¡Sí! –repuso ella, tratando de recolocarse la trenza.

¿Cómo se atrevía a hacer comentarios acerca del lugar donde ella tenía el negocio y donde vivía la vida? Él, con su nueva familia, su nueva vida. Ya no sabía nada de ella.

Amy se aclaró la garganta.

–Lo siento. Evidentemente, te lo agradezco, pero yo solo… –Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y contuvo las lágrimas–. Solo quiero irme a casa. Todo esto es un poco raro. Que estés aquí. Con ese aspecto.

–¿No llevas escolta?

Amy contuvo una risa irónica. Su comentario demostraba lo diferente que era aquel hombre del Leo que ella había conocido.

–Por supuesto, pero es su día libre. –Lo miró un instante. Ese hombre solía tener sentido del humor–. En serio, esta hora suele ser tranquila, y he dado clases de defensa personal. –No era cierto, pero no quería que supiera cómo le había afectado la crítica.

–Ah, ¿sí? –la retó arqueando las cejas.

–No, pero tengo intención de hacerlo cuando tenga tiempo, y he leído muchos libros de autoayuda.

–¿Para qué?

Ella se rio sin saber por qué, pero por un segundo Leo parecía el mismo de antes. Después volvió a la realidad y asumió que Leo no era el de antes, igual que ella no era la Amy de antes. Nunca lo serían. Había llegado el momento de decirles adiós de una vez por todas.

Capítulo 3

Mira, gracias por tu ayuda, pero…

–Sube.

–¿Qué? –Ella no se había percatado de que habían ido caminando hasta que no llegaron a un coche de lujo.

–Me enseñaron a no subirme al coche de un extraño –dijo ella.

–No soy un extraño, Amy.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo un instante.

«Sí, lo es».

Era como si se hubiera convertido en una versión más aterradora del Leo que ella había amado.

–Puedes acompañarme hasta el metro. Eso es.

–O a casa o a la policía –dijo él, sin dejar lugar a negociaciones.

–¿A la policía?

–Para denunciar el atraco.

–Tengo el teléfono, así que no lo considerarán un atraco.

–Hablas como si fueras experta.

Amy negó con la cabeza.

–Solo comento lo evidente.

–¿En qué mundo es tan evidente?

–En mi mundo, Leo –repuso ella. Un mundo que ya no era el de él.

Él comentó algo en italiano y la miró extrañado.

–Podemos quedarnos aquí discutiendo todo el día o puedes subir al coche.

–Será toda la noche.

Él la miró desconcertado tras su corrección. Ella respiró hondo y valoró sus opciones.

–Está bien –dijo ella, y se metió en el coche para acomodarse en el asiento de piel.

Quizá fuera una mujer superficial, pero echaba de menos esa parte de tener dinero. La comodidad, el espacio, la seguridad y el aroma del lujo. Inhaló y percibió el aroma de Leo. Un aroma limpio, cálido y masculino. Con una pizca de colonia cara.

El motor era muy silencioso, así que cuando empezaron a moverse ella se sorprendió.

–¿No quieres saber dónde vivo?

–Sé dónde vives, Amy –comentó él–. Bueno, ¿no te parece esto más cómodo que el metro?

Ella podía haberle mentido y decirle que no, que le gustaba ir en un vagón que parecía una lata de sardinas, y no habría sido una completa mentira. Estar en un espacio cerrado con aquella versión de Leo resultaba igual de estresante. A un nivel mucho más profundo.

Por suerte, él no tenía ganas de conversar, porque ella no era capaz de hacerlo. Permaneció allí sentada tratando de resistirse al aura de masculinidad que desprendía Leo mientras trataba de descubrir cómo era posible que hubiera pasado por allí de casualidad.

Evidentemente, no había sido casualidad. Todo estaba planeado, pero ¿qué era exactamente lo que planeaba?

Cuando se detuvo frente al edificio donde estaba su apartamento, ella se bajó del coche.

Él la siguió.

–Te acompañaré dentro.

Si hubiera creído que podría ganar, Amy lo habría luchado, pero sabía que resistirse sería inútil. No ganaría. Al menos, no contra ese Leo.

Para tratar de recuperar el control, decidió subir por las escaleras y no por el ascensor. Estar a solas con él en un espacio pequeño no era lo más sensato. No pensaba cometer el mismo error por segunda vez.

Nada más abrir la puerta, él entró en el salón con decisión. Ella suspiró. Él estaba invadiendo su espacio, pero ella seguía

manteniendo el control.

–¿Vives aquí sola?

Ella esbozó una sonrisa sarcástica y miró al hombre que estaba examinando cada detalle de la casa.

–Creo que sabes que no, Leo. –Si sabía dónde vivía también sabría que su padre vivía con ella.

–¿Tu padre está por aquí?

–Se ha marchado el fin de semana. –Se mordió el labio inferior tratando de disimular su preocupación–. ¿A qué has venido, Leo? Nada de esto es por casualidad, ¿no?

–¿Crees que planifiqué que te atacaran?

–¡Por supuesto que no! Pero tampoco pasabas por allí de casualidad, ¿no?

–Cierto. Este lugar es bonito.

Ella entornó los ojos y exclamó.

–¡Ya basta! ¿Por qué no me dices lo que piensas? ¡Cómo han caído los poderosos! Disfruta el momento, ¡está bien! Supongo que te lo debo. –Extendió los brazos–. Para que lo sepas, este sitio es más de lo que puedo permitirme, pero mi padre… –Se mordió el labio y negó con la cabeza, preguntándose por qué le estaba dando tanta información.

–¿No disfruta de vivir como los pobres?

Ella apartó la mirada. Su padre había dejado bien clara su opinión acerca del piso, ¡y no había sido nada positiva!

–¿Cuándo regresará?

Amy se quitó el abrigo y se quedó con un top de color azul atado a la cintura. Llevaba unos vaqueros oscuros ceñidos que resaltaban su trasero. El cabello le llegaba hasta la cintura, y todavía mantenía una trenza medio deshecha. Se agachó para quitarse las botas y Leo tuvo que esforzarse para que la testosterona no se apoderara de su entrepierna al ver su trasero redondeado.

–El lunes –dijo ella, y se ató el lazo del top un poco más fuerte–. Ya te he dicho que se ha ido con amigos a pasar el fin de semana. –Colocó las manos sobre las caderas y alzó la barbilla.

Él se fijó en su cintura estrecha y en la curva de sus caderas. Su silueta esbelta y su elegancia siempre le habían recordado a un gato.

«Con garras», pensó él, recordando no solo las marcas que le había dejado en los hombros en una ocasión, sino la manera en que lo había apartado de su vida sin dudarlo. Era un buen recordatorio sobre lo que había ido a hacer allí.

–¿Me estás haciendo un interrogatorio? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

Leo la miró y se rio.

A los dieciocho, Amy no sabía el poder que le daba su belleza, ni tampoco cómo utilizarlo a su favor. El hecho de que con el tiempo no hubiera aprendido lo asombraba.

–¿He dicho algo divertido? –preguntó ella.

–Eres muy sensible, *cara*. –Se movió una pizca para aliviar la tensión de su entrepierna.

–No lo soy. –Amy cerró los ojos como para tratar de aliviar la tensión que sentía que había en el ambiente y él se fijó en que tenía ojeras.

–¿Duermes lo suficiente?

Ella se sobresaltó con su comentario, consciente de que su aspecto debía ser terrible y muy diferente al de la mujer con la que él había salido hacía tiempo.

–Gracias por preocuparte, pero ser tu propia jefa significa trabajar muchas horas, pero me gusta.

Por su manera de mirarlo, él supo que no era del todo verdad. Leo decidió no explorar ese camino. Estaba más interesado en seguir con su plan.

–¿Te caen bien los nuevos amigos de tu padre?

Amy tardó un momento en comprender su pregunta. ¿A dónde quería llegar con aquello? ¿Qué era lo que quería saber?

–¿Nuevos amigos?

–Bueno, dudo que siga viendo a muchos de sus amigos del golf, y dijiste que se había marchado el fin de semana con amigos.

–Después de que lo detuvieran nos convertimos en personas tóxicas. Aunque ¿quién quiere amigos como esos? –Se encogió de hombros, pensando en cómo su padre necesitaba esos amigos, su vida antigua, las actividades del club y las reuniones.

Leo se encogió de hombros y Amy se preguntó cómo se había convertido en una persona invulnerable. Dura como el acero.

–Pero tú permaneciste a su lado –comentó él.

–Es mi padre. Sé que no es perfecto –repuso Amy. También sabía lo vulnerable que era.

Leo soltó una carcajada y ella se enojó. Primero porque se sentía culpable por no había estado a su lado cuando su padre la había necesitado. Ella había estado demasiado enfadada con él como para percatarse de lo desesperado que estaba.

Leo esbozó una sonrisa y se acercó a la repisa de la chimenea eléctrica para ver las fotos que había en ella.

–Así que no siempre has tenido miedo de los caballos –comentó, sujetando la foto de una niña subida a un pony–. Eras mucho más rubia.

Ella se pasó la mano por el cabello, odiando que le importara su aspecto en aquellos momentos.

–No, esa no soy yo. Y no tengo miedo a los caballos. –Le encantaban los caballos, pero el acuerdo había sido que podía ayudar en los establos, siempre y cuando nunca montara uno.

Tras haber perdido a una hija en un accidente de caballo, no le sorprendía que le hubieran hecho esa prohibición. Amy comprendía que sus padres fueran sobreprotectores con ella, pero eso no facilitaba que aceptara sus normas restrictivas. Unas normas que la habían convertido en una chica rara, ya que era la niña que no podía ir de acampada, dormir en casa de amigas y otras cosas que a sus padres les parecían peligrosas. La lista de cosas prohibidas parecía interminable.

Nunca le había contado a Leo lo de Alice, ni por qué ella sentía que debía ser la hija perfecta. Debía ser lo bastante buena por ella y por la niña que habían perdido.

Por supuesto, nunca lo había conseguido. ¿Y Alice había sido perfecta? ¿Habría sido diferente si su hermana hubiese sido una

adolescente rebelde? Pero no lo fue. Nunca suspendió un examen de matemáticas, nunca tuvo una pataleta adolescente ni tampoco un novio inadecuado.

Antes de conocer a Leo, Amy había dejado de competir con el fantasma perfecto de su hermana y de intentar que sus padres se sintieran orgullosos de ella, admitiendo que no sería posible.

Leo, por supuesto, era un jinete excelente. Una de las primeras veces que lo vio, estaba montado en un caballo y ella sintió un nudo en el estómago. La atracción sexual fue tan potente que no fue capaz de ocultarla.

Amy le quitó la foto de la mano y la colocó sobre la repisa de la chimenea.

–No soy yo, es mi hermana, Alice.

–¿Tienes una hermana? –preguntó él, frunciendo el ceño–. ¿Mayor, supongo?

–Sí, era mayor. Falleció.

–¿La echas de menos?

–No llegué a conocerla. Sucedió diez años antes de que yo naciera. Mis padres eran mayores cuando yo nací. Durante los primeros seis meses de embarazo, mi madre pensó que tenía la menopausia.

–Nunca mencionaste que habías tenido una hermana.

Amy se sintió culpable. Recordaba lo bien que se había sentido al estar con alguien que no mencionaba a su difunta hermana a cada momento y que no la comparaba con ella.

–Estoy seguro de que había más cosas que no me contaste.

Había muchas cosas que ella no le había contado y, de pronto, ya no tenía nada que contarle.

Nueve años después, pensar en el aborto que había sufrido todavía le resultaba doloroso. Amy ignoró la presión que sentía en el pecho.

Repasar el pasado no ayudaría a nadie. Y menos a ella.

–Leo, no pasabas por allí por casualidad. ¿De qué va todo esto?

–¿Cuántos años tenía tu hermana cuando murió?

Ella suspiró con frustración.

–Diez.

Amy miró otra foto donde salía un bebé rubio y sonriente.

–Pensaron que quizá me pusiera más rubia con los años, pero no fue así. Excepto por… –Se acarició el mechón rubio que tenía en la frente y que nadie pensaba que era natural.

–¿Y dónde sales tú? –preguntó él, mirando todas las fotos.

–Nadie imprime fotos hoy en día.

«Sobre todo si no has cumplido con las expectativas», pensó, evitando la mirada de Leo. No estaba dispuesta a permitir que él viera sus inseguridades. Él ya no tenía veinte años. Ya no estaba enamorado de ella. No necesitaba saber que era insegura.

De pronto, ella se alegró de tener veintiocho años y de ser feliz viviendo el momento sin anticipar.

No habría funcionado.

No podría haber funcionado.

Sin avisar, la imagen de Leo apareció en su memoria. De pie, fuera de su cada familiar, tendiendo su mano hacia ella. Durante un instante, ella deseó tomar su mano, a pesar de que era imposible.

Amy negó con la cabeza y vio que él estaba tenso.

Ella respiró hondo y trató de regresar al presente.

–Mira, ya ha quedado claro que esto no ha sido casualidad. No te voy a decir que no te esté agradecida por haberme sacado de esa situación, pero realmente…

–¿Te das cuenta de que, cuanto más me dices lo agradecida que estás, menos lo parece?

–¿Por qué, Leo? Si has venido a ver cómo han caído los poderosos, me parece bien. Imagino que lo merezco, pero mi padre no. Él es un hombre mayor que trata de rehacer su vida. Si has venido a contarme lo bien que te va, estupendo. Si estás a punto de casarte. Si has ganado la lotería. Sea lo que sea, te deseo suerte en el futuro. Adiós. –Abrió la puerta, ansiosa por terminar con aquella farsa.

–De hecho, he venido para ofrecerte un trabajo.

Capítulo 4

Se hizo un silencio.

–¿Que trabaje para ti? –Lo miró asombrada–. ¿Has bebido?

–No, pero si estás ofreciéndome algo…

–No –contestó cortante–. A no ser que no te acuerdes, ya tengo trabajo.

–Imagino que debe ser duro aterrizar en el mundo real.

–No me estoy quejando.

–Debes tener muy poco margen.

Ella permaneció en silencio, esperando a que él continuara.

–Lo que te sugiero es algo temporal. –El tiempo suficiente para disfrutar de verla metida en su mundo, porque, a pesar de que ella lo había perdido todo, todavía mostraba la actitud de una vencedora. ¿De dónde diablos sacaba esa fortaleza?

Él trató de no pensar en el sentimiento de admiración y de centrarse en la manera en que había defendido a su padre. Cuando se proponía luchar por algo, lo hacía como una tigresa.

«Sin embargo, no luchó por mí».

Amy negó con la cabeza y lo miró muy seria.

–Necesito una cocinera para un evento próximo.

–¿Se trata de una broma? –Se señaló el rostro–. No me estoy riendo. Hay montones de cocineros ahí fuera, Leo.

–Es un trabajo importante, y lo comprendería si no quisieras aceptar el reto.

–No se trata de querer o no. Nada en el mundo haría que trabajara para un hombre que…

–¿Que era inferior a ti en el ámbito social?

Ella se sonrojó.

–No iba a decir eso.

–Pero es cierto.

–Nunca me perdonaste, ¿verdad?

–Casi olvidé que existías –mintió.

Amy puso una mueca, tragó saliva y alzó la barbilla.

Había un motivo por el que Leo había llegado hasta donde había llegado, un motivo por el que lo admiraban en el mundo de los negocios. Su crueldad.

–Entonces, apareció el caso de tu padre en los titulares y tú te convertiste en la niña de papá. Me acordé de que teníamos asuntos pendientes, Amy. –Entornó los ojos y la miró un instante–. ¿Lo eres, Amy?

–¿El qué?

–Una niña de papá. ¿Qué harías por tu padre? ¿Hasta dónde llegaría tu devoción y lealtad hacia él?

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella, a pesar de que no quería saberlo.

–Hemos llegado a la conclusión de que trabajar para mí no es algo que te llene de alegría. La pregunta es si trabajarías para mí con el fin de salvar a tu padre de otra entrada en prisión. Puesto que sería una segunda condena, quizá no tenga opción de estar en libertad condicional.

La posibilidad de que aquello fuera cierto provocó que Amy se estremeciera. Recordaba la imagen de las píldoras esparcidas por el suelo entre botellas vacías y el cuerpo de su padre tumbado e inmóvil. Sabía que, si su padre tenía que volver a pasar por algo así, no llegaría a la cárcel.

–No volverá a prisión –comentó con pánico en la voz–. Ha cambiado.

Leo trató de ignorar el sentimiento de culpa que lo invadió al ver temor en su mirada.

–Los amigos que tu padre hizo en la cárcel tienen amigos en la calle, y esos tienen grandes cantidades de dinero ilegal que necesitan blanquear a través de un negocio legal. –Arqueó una ceja–. ¿Tus cuentas han mejorado últimamente?

Ella lo miró, odiando que todo aquello tuviera sentido.

–¿Cómo sabes todo esto?

–Es fácil averiguar cosas cuando se sabe dónde buscar. Tu padre no es un delincuente profesional, aunque estoy seguro de que lo cree, dada su arrogancia. –Se calló un instante y preguntó–. ¿Tú también estás metida en el fraude, Amy?

Ella dio un paso adelante y alzó la mano de forma automática. Apenas se dio cuenta de lo que pensaba hacer gracias a que él la agarró por la muñeca. Él inclinó la cabeza y a ella se le cortó la respiración.

Al sentir su cálida respiración sobre la mano, se estremeció. Leo la soltó y ella se frotó la palma de la mano contra el muslo.

Amy lo miró a los ojos. Su pícara sonrisa indicaba que él sabía que ella había pensado que iba a besarla.

La pregunta era: ¿también sabía que ella deseaba que lo hiciera?

–¿Qué es lo que quieres, Leo? –preguntó ella.

–Ya te he dicho que necesito una cocinera. Creo que bastará con un contrato de seis semanas.

Con seis semanas trabajando para él Leo podría tener la satisfacción de verla fracasar.

–¿Y mi negocio?

–Pagaré para que alguien te sustituya. Suponiendo que tu ayudante alcohólico sea capaz de sobrevivir sin ti.

–¿Cómo te…? Ben no ha bebido una gota en diez años. Además, es mi socio, a partes iguales. Invirtió dinero, y sus conocimientos han marcado la diferencia.

–Un hombre mayor en quien apoyarte –murmuró, presionando un dedo sobre su barbilla–. Veo un patrón que se repite.

–Mi padre lo está intentando.

–¿El qué? ¿Ser el hombre de confianza de los traficantes que tienen que blanquear dinero?

Ella empalideció.

–¿Drogas? –preguntó–. ¡Él no haría tal cosa! –Al oír la duda en su propia voz, lo acusó furiosa–. Supongo que no crees en segundas oportunidades.

–Creo que para la mayoría de la gente es una pérdida de tiempo.

–Cielos, ¿desde cuándo te has vuelto tan cínico?

–Creo que tú tienes algo que ver en ello, *cara*.

–¡Deja de llamarme así! –exclamó con frustración.

–Lo tomaré como un sí, ¿de acuerdo? –Él sonrió y se volvió hacia la puerta–. Ah, y creo que, cuando seas mi empleada, te vendrá bien que muestres un poco de respeto por el bien de nuestra relación laboral.

Ella hizo una reverencia a modo de mofa.

–Te enviaré el contrato para que lo firmes.

–¿Qué diablos?

Él se rio y ella recordó los tiempos en que su sonrisa no había sido una muestra de cinismo. También recordó los tiempos en que bromeaba con ella y la hacía reír y, de pronto, un sentimiento de pérdida de la invadió por dentro.

Había perdido a Leo hacía años.

–Nos marcharemos el viernes.

Ella negó con la cabeza y frunció el ceño.

–¿El viernes? ¿A dónde?

–A la Toscana.

–¿En Italia?

Leo arqueó una ceja y la miró como si hubiese hecho un comentario evidente.

–Eso es demasiado pronto. Tendré cosas que…

–No tienes que hacer nada excepto estar preparada. ¿Tienes un pasaporte vigente? –preguntó él, acercándose a la puerta.

Ella asintió y él se marchó.

Capítulo 5

El viernes, mientras Amy estaba esperando a Leo con sus cosas recogidas, se preguntaba si todo aquello no sería una broma. Era posible que él no apareciera y que ella estuviera todo el día allí, sentada.

Ella había firmado el contrato que marcaría las seis semanas siguientes de su vida, pero antes se había enfrentado a su padre, confiando en que él lo negara todo y le dijera que aquello había sido un error.

Pero no era un error, era verdad, y resultaba asombroso que lo hubiera admitido sin mostrar ningún remordimiento.

Recordándose que era un hombre vulnerable, Amy había conseguido controlar la rabia. Ella había permanecido a su lado durante el juicio y la sentencia, y también cuando salió de la cárcel, y él no solo la había mentido, sino que también la había utilizado. Solo tenía la opción de acusarlo por haberla manipulado o retirarse de su lado antes de decirle algo de lo que pudiera arrepentirse.

Ella se marchó consciente de que, a pesar de lo que había hecho, su padre se encontraba en un momento de fragilidad. Si su padre volvía a hacer un intento de suicidio, ella tendría un gran sentimiento de culpa y no podría vivir.

¿Llegaría a cumplirse la promesa que le había hecho su padre? Ella deseaba creer que su padre terminaría la relación con sus amigos delincuentes.

Desde que había firmado su futuro inmediato, Amy apenas podía dormir y, cuando lo hacía, despertaba de repente envuelta en un sudor frío. Aquello era bastante malo, pero era mucho peor cuando despertaba gritando el nombre de Leo y sudando agitada. Era

evidente que seguía sintiéndose atraída por él. Un hombre que la odiaba lo bastante como para haberla chantajeado. Al fin y al cabo, ella comprendía por qué. Ella le había partido el corazón.

Amy estaba segura de que le resultaría más sencillo sobrevivir a las siguientes semanas si era capaz de odiarlo también, pero, sin embargo, se sentía tremendamente atraída por él.

Era las once y media cuando por fin sonó el timbre. Su padre había salido a tomar café con un viejo amigo con el que había contactado de nuevo, así que Amy no necesitó inventar una excusa para que no estuviera allí.

Por suerte, él se había creído lo que ella había contado acerca de que había aceptado un contrato corto y bien pagado que le habían ofrecido gracias a la recomendación de un amigo. Él no había insistido para que le diera más detalles, y Amy no se los había ofrecido.

Se preguntaba cómo habría reaccionado si hubiese sabido que Leo iba a ser su jefe. ¿Se pondría furioso y le daría un ataque de nervios? O quizá algo mucho peor, ¿Lo vería como una oportunidad para retomar lo que habían dejado? El hecho de que Leo Romano se hubiera convertido en un hombre mega rico hacía que fuese mucho más aceptable para George Sinclair.

En cualquier caso, Amy prefería no saberlo.

Un hombre de mediana edad la estaba esperando.

–Señorita Sinclair, he venido para llevarla al aeropuerto –la saludó con una sonrisa–. El señor Romano ya está en Italia y se reunirá con nosotros en el aeropuerto. ¿Estas son sus maletas?

–Sí… Oh, no, ya puedo yo.

Él la ignoró y agarró el equipaje.

–Viaja ligero.

El hombre se dirigió hacia una limusina reluciente.

Amy se detuvo mientras le abrían la puerta y sintió un revoloteo en el estómago.

«¿Qué estás haciendo, Amy?».

Al oír la voz del conductor ella se sobresaltó. No tenía ni idea de lo que el hombre le había dicho, pero ella sonrió y asintió antes de entrar en el vehículo. El hombre cerró la puerta con cuidado, pero a Amy le pareció como si cerraran la puerta de una prisión.

Trató de recordar que no estaba prisionera, que había aceptado ir allí por voluntad propia. No necesitaba un plan de escape. Seis semanas no eran nada.

Para distraerse trató de calcular cuántos minutos y horas había en seis semanas y apenas se percató de la ruta hasta el aeropuerto.

–Ya hemos llegado.

Al oír la voz por el intercomunicador, Amy se sobresaltó. Al instante, el conductor estaba abriendo la puerta para que saliera.

–¿A qué hora es el vuelo? –preguntó.

–El despegue es dentro de diez minutos.

Amy no podía comprender cómo aquel hombre podía estar tan calmado. La última vez que ella había volado había llegado con tres horas de antelación y, aun así, estuvo a punto de perder el vuelo. Al instante, lo comprendió.

–Estamos en un aeropuerto privado –dijo, mirando a su alrededor.

–Así es.

–¿Y eso es un avión privado? –preguntó, a pesar de ver que, en la pista, había un jet con el nombre de Romano escrito en las alas.

De haber estado menos nerviosa y aprensiva acerca de lo que le esperaba, Amy habría disfrutado del vuelo y de la exquisita atención que recibió en él. Cuando aterrizaron, Leo fue a su encuentro y le preguntó:

–¿Has tenido un buen vuelo?

Amy asintió a modo de respuesta.

–¿Quieres ir caminando o prefieres que nos lleven?

–¿Vives cerca?

–Vamos al helipuerto –Al ver que ella empalidecía, añadió–. ¿Hay algún problema?

–No, no –mintió. Si él quería ver cómo se desmoronaba, tendría que hacer algo más aparte de llevarla en helicóptero.

Llevaban en el aire unos diez minutos cuando él preguntó:

–¿Sabes que tienes los ojos cerrados?

–Si, no es por casualidad.

–¿No te gustan los helicópteros?

–Son maravillosos cuando están en el suelo.

Ella abrió un ojo y vio que él estaba riéndose.

–Bastardo –murmuró ella, antes de cerrar los ojos de nuevo y sentir que descendían. Cuando los abrió de nuevo, se sorprendió al ver que él la estaba mirando fijamente.

–¡Oh, cielos! –exclamó al ver el tamaño del edificio que dominaba el paisaje. Era mucho más impresionante de lo que había visto *online*–. Es un castillo de verdad.

–¿Qué esperabas? ¿Una casa de módulos? De hecho, es más un palacete fortificado, pero las murallas y las torres están intactas.

–Es tan bonito que me gustaría ser capaz de pintarlo.

–Lo han pintado muchos artistas.

Al aterrizar, Amy exclamó y cerró los puños, convencida de que él se reiría de su reacción. No obstante, él actuó como si no se hubiese dado cuenta.

–Nos está esperando nuestro carruaje.

El carruaje resultó ser un Jeep y las maletas ya estaban dentro. Amy se sentó en el asiento de atrás y Leo junto al conductor. Los dos hombres hablaron en italiano mientras conducían hasta un patio.

Ella se bajó y saco una maleta.

–Déjalas. Alguien las meterá.

Él abrió una puerta y Amy entró a un pasillo donde había varios almacenes y una fresquera.

–La cocina –dijo él, señalando una puerta. A pesar de que estaba cerrada, se oía que alguien estaba discutiendo dentro.

Leo se sintió molesto y un poco culpable. Debería haber permitido que ella se instalara después del vuelo, pero la verdad era que no quería que lo hiciera.

No tenía sentido sentirse culpable. Aquella era una situación perfecta para descubrir a la Amy verdadera que se ocultaba tras esa nueva persona, la que escaparía cuando las cosas se pusieran difíciles.

Abrió la puerta una pizca y oyó un insulto importante. Con el ceño fruncido, bajó la vista y descubrió que Amy no estaba asustada, sino más bien divertida.

–Tranquilo, Leo. He oído cosas mucho peores. Después de todo estamos en una cocina. Aunque sea nueva para mí. Por cierto, ¿a quién me dirijo si tengo que preguntar algo?

–A mí.

–Quiero decir, ¿quién es el cocinero jefe?

–Tú. Pensé que eso había quedado claro.

Ella alzó la barbilla para no mostrar su inseguridad y dijo:

–Ahora lo comprendo perfectamente. –Movió la cabeza con decisión y entró en la cocina.

Leo la siguió. Él había librado cientos de batallas en la sala de juntas, pero aquello era algo más real.

Parecía que en la cocina había empezado una guerra en toda regla. Al instante, Amy sintió que le desaparecía cierta tensión de los hombros. Pertenecía a ese mundo, así que se alegró al ver aquella cocina tan bien equipada de la que cualquier restaurante se sentiría orgulloso.

Era un alivio tener algo que le sirviera de distracción ante lo que la presencia de Leo provocaba en ella. Aprovechándose de que al parecer nadie se había percatado de que estaba allí, observó la escena del caos y decidió que había demasiados jefes, demasiado ego y un exceso de testosterona.

Poco a poco se fueron dando cuenta de su presencia, hasta que solo dos personas continuaron midiéndose entre ellas.

Amy se separó un poco de Leo. No quería que la vieran como parte de la gerencia y, además, le vendría bien para poder pensar con claridad.

–No lo mires a él –dijo ella, interceciendo en medio de la discusión–. Soy yo la que está a cargo.

La habitación se quedó en silencio. El único sonido era el del líquido que hervía en una olla. Amy se acercó al fogón y apagó el fuego mientras miraba el contenido frunciendo el ceño. Después, miró a Leo de reojo y dijo:

–Él no distinguiría un ajoaceite de una mayonesa.

Alguien se rio, y Amy lo tomó como una buena señal.

–Muy bien –sonrió, tratando de disimular el rápido latido de su corazón y el hecho de que Leo tuviera clavada en ella la mirada de sus ojos color obsidiana–. Me llamo Amy y… Bueno, podemos presentarnos más tarde. –Gesticuló, acercándose al tablón donde estaba colgado el menú–. Entonces… –miró al hombre que estaba discutiendo hacía unos instantes–, ¿cena para cuántos?

–Para treinta –repuso alguien.

–Y estabais discutiendo sobre…

–Encargué langosta y esto.

–Yo encargué lo que dijiste, y dijiste centollo.

Puesto que los dos hombres parecían dispuestos a empezar a discutir otra vez, Amy alzó la voz.

–Es muy molesto cuando hay una confusión en el pedido –suspiró, como dejando claro que a ella también le había pasado–. Solía trabajar con un chico italiano que solía decir *ganchio* cuando cometía un error. Significa cangrejo, ¿no?

Varias personas asintieron y sonrieron al reconocer la ironía.

Alguno hizo un comentario en italiano.

–Lo siento, chicos, el italiano que sé es únicamente culinario. Inglés y francés es todo lo que hablo. Me encanta el reto de tener que emplear los ingredientes que hay, ¿a vosotros no? Recuerdo una vez que no podía hacer la salsa de cangrejo picante para acompañar un *risotto* de guisantes. Por supuesto, los cangrejos llegaron demasiado tarde. Lo típico. No obstante, el arroz de cangrejo y coco fue un éxito al día siguiente, y se convirtió en nuestro plato estrella.

–Puesto que soy la novata, y estamos trabajando, ¿qué os parece si hoy me encargo yo? ¿Hay algún delantal blanco de sobra? –preguntó Amy mientras se recogía la coleta en un moño.

–No hay de tu talla, Chef.

Alguien le mostró un delantal negro.

–¿Te valdrá este para esta noche?

–¡Perfecto!

Leo la observó mientras ella se ponía el delantal y le daba tres vueltas a los lazos alrededor de su cintura estrecha. Con una amplia

sonrisa, ella se colocó un guante de cocina y agarró la olla de cobre caliente que contenía un líquido quemado.

–¿Qué tal si pongo esto en remojo y hacemos otra tanda de salsa Marsala? –Agarró un bote que estaba en la encimera y miró la etiqueta antes de servirla sobre un montón de chalotas.

Poco a poco, todo el mundo regresó a sus tareas. Leo observó a Amy en silencio. El resto de empleados lo miró varias veces como para indicarle que estaba por medio, pero Amy parecía haber olvidado su presencia allí.

Era casi ridículo que Leo se sintiera inquieto con aquella situación. Él había organizado todo aquello y no había conseguido el resultado que esperaba. En lugar de que Amy se encontrara con una situación que no pudiera controlar, Amy ni siquiera parecía un poco nerviosa.

¿Controlar? Aquella mujer había tomado el mando sin siquiera levantar la voz. En lugar de desmoronarse, ella había conseguido ganarse al personal. Unas personas que habían conseguido que tres cocineros experimentados colgaran su gorro y se marcharan.

Esquivando a un chico que estaba batiendo algo en un cuenco enorme, Leo se acercó a Amy y le preguntó:

–¿No te apetece ver tu habitación y deshacer las maletas?

Amy lo miró por encima del hombro.

–¿Ahora? –Arqueó las cejas sorprendida–. Estoy trabajando, pero después seguro que alguien puede enseñarme el camino.

Leo apretó los dientes y la miró con frialdad, tratando de recordar cuándo había sido la última vez que alguien lo había rechazado.

¿Cuándo había sido la última vez que se había reído de sí mismo?

–Muy bien.

Sin mirarlo, ella hizo un gesto con la mano como para despedirse.

Su plan para humillarla no estaba saliendo bien, pero Leo no pensaba admitir su derrota. En esos momentos, Amy estaba en su elemento, pero habría mucha diferencia entre la cena y la futura gala.

Cuando vibró su teléfono, Leo miró la pantalla y, al ver que era la rubia alta y esbelta que solía llevar tacones de aguja, sonrió. Era una mujer ambiciosa y voraz, que disfrutaba del sexo sin implicación emocional.

Continuó caminando sin atender a la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo. Al instante, la imagen de aquella mujer rubia se reemplazó por la de la mujer menuda que acababa de dejar en la cocina.

La cocina era el único lugar del edificio donde la gente no se rebajaba ante su presencia, pero ese día había sido completamente invisible. Había otra estrella que brillaba demasiado. Leo debía admitir que estaba sorprendido, e incluso impresionado.

Era muy difícil no admitir que Amy había manejado una habitación llena de personas con gran ego como la gran profesional que era. Algo que él empezaba a asimilar.

Quizá no fuera tan fácil como él había pensado que ella deseara salir huyendo. Aquella Amy no parecía contraria a un poco de manipulación… La idea lo hizo sonreír. Aunque su sonrisa se desvaneció enseguida cuando pensó en otras maneras en las que ella podía haber cambiado y en los hombres que podían haberla acompañado durante ese cambio.

Amy sabía que algunas cosas podrían haberse hecho mejor, por ejemplo, el cocinero que preparaba el solomillo había sido un poco tacaño con la mantequilla, pero la comida había sido un éxito. Algo que había que tener en cuenta dado el contexto. Ese día contaban con la presencia del abuelo de Leo, una persona que solía generar asombro en lugar de afecto.

Según le habían contado, Leo era un hombre al que no le importaba la comida. Entraba en la cocina y se preparaba unas tostadas o un sándwich, algo que le habían contado a Amy los empleados a modo de queja. Era frustrante cocinar para alguien que consideraba que la comida era únicamente una fuente de energía y no una experiencia para los sentidos.

Por suerte, él hacía muchos eventos mientras estaba en aquella residencia. Amy se preguntaba qué harían todos aquellos artistas culinarios cuando él no estaba allí, pero decidió no averiguarlo para no crear problemas.

Habían pasado quince minutos desde que ella le había sugerido al último empleado de la cocina que se marchara. Su valoración inicial era que eran un buen equipo con choques de personalidad, pero nada más.

A Amy no le importaba hacer la recogida final, ya que lo encontraba relajante. Siempre le costaba dormir después de un servicio exigente, aunque una cena para treinta no era lo que ella consideraba exigente.

Estaba limpiando las gomas de la puerta de la última nevera cuando oyó que alguien entraba.

–Enseguida estoy contigo –dijo ella, imaginando que sería la persona que la acompañaría a su habitación.

–¿Por qué estás limpiando?

Amy vio que el hombre vestido de traje, que llevaba la corbata floja, estaba apoyado contra la pared observándola.

–Mejor dicho, ¿qué haces aquí todavía? –Se fijó en sus ojeras y se sintió peor. Era como si ella intentara hacer que se sintiera culpable, pero no lo conseguiría–. Te traje aquí para que vieras la cocina, no para…

Ella respiró hondo.

–Me trajiste para verme sobrepasada, y quizá derramando unas lágrimas. ¿O quizá esperabas que buscara un hombro masculino sobre el que llorar? Siento decepcionarte –comentó–. Tendrás que hacerlo mejor. He trabajado en cocinas mucho peores que esta.

–Pensé que eras autodidacta.

Amy reconocía la mofa en su tono de voz.

–Sí, nunca he recibido formación formal. Siempre ha sido algo práctico. Aprendí trabajando y me labré el camino.

–Me sorprende que tu padre permitiera que te ensuciaras las manos.

Ella se rio.

–Él desdeñaba tanto como tú los trabajos de poca categoría.

–Yo nunca he menospreciado esos trabajos.

–No hace falta, Leo. Basta con tu mirada.

–¡Cielos! –blasfemó él–. Así que hay algo que te interesa lo suficiente como para desobedecer a tu padre. –Molesto por haber

mostrado su vulnerabilidad, cerró los ojos.

Ella empalideció y puso una mueca.

–Solo tenía diecinueve años, Leo. Lo siento si te hice daño.

La sinceridad de sus palabras solo alimentó su ira. ¿De veras creía que pedirle disculpas marcaría la diferencia?

–Es agua pasada –comentó él, encogiéndose de hombros–. Y no quiero verte llorar.

–¿Aunque sería un plus?

Sus palabras provocaron que se pusiera tenso.

–Estoy seguro de que, a lo largo de los años, has encontrado suficientes hombros sobre los que llorar.

Ella arqueo una ceja.

–Para que lo sepas, no suelo desmoronarme y buscar hombros masculinos donde llorar. –Entornó los ojos para demostrar confianza en sí misma. De no haber confiado en ella, no estaría allí. Había aprendido a ignorar los recuerdos dolorosos, como ver a su madre luchando por la vida, perder a Leo y al bebé que ni siquiera sabía que había concebido, la muerte de su madre y, poco después, la condena de su padre.

Alzando la barbilla, pensó: «Eres una mujer dura, Amy, así que compórtate como tal».

–Si necesitase un hombro no sería el tuyo –declaró, y enseguida deseó no haber dicho nada. Respiró hondo y añadió–. Estoy cumpliendo mi parte del trato y, si no resulta tan doloroso para mí como esperabas, ¡lo siento! Soy buena en lo que hago. –Dejó el *spray* que tenía en la mano sobre la encimera y se agarró en la encimera al ver que se tambaleaba una pizca–. Lo siento si eso te hace infeliz, pero es así. –Tragó saliva–. Ha sido un día largo.

–¿Has comido algo mientras preparabas esa comida milagrosa? –preguntó él.

–¿Milagrosa?

–Bueno, mi abuelo no se ha quejado. Creo que incluso ha dicho que estaba bastante bien y, para él, eso se traduce como milagrosa.

–¿A ti te ha gustado?

–Sí. Siéntate antes de caer redonda, Amy.

–Yo…

Él suspiró y, antes de que ella pudiera darse cuenta de sus intenciones, la agarró por la cintura y la levantó para sentarla en la encimera. Ella sintió un revoloteo en el vientre y no le gustó.

Leo comenzó a revolver el contenido de las neveras.

–No hay nada de comer –se quejó.

Amy se rio.

–Creía que te había gustado la comida.

–No es para mí, es para ti. Yo soy un chico grande y necesito cantidad, no *delicatessen*. –Aunque Amy era una excepción, admitió mirándola de arriba abajo. Era menuda pero perfecta, y solo con mirarla el deseo se apoderaba de él–. ¿Qué es esto? –preguntó mientras olisqueaba el contenido de un cuenco grande.

–Sobraron unos cuantos higaditos de pollo y no quería tirarlos, así que hice un poco de paté.

–¿Un poco? –preguntó mirando el cuenco enorme–. ¿Pan? –Se acercó a la panera y sacó una hogaza.

–Um, este pan está divino. Jamie tiene un don. En serio, es maravillosa.

–¿Quién es Jamie?

–¿La única mujer que hay en la cocina? –preguntó con sarcasmo.

–Aparte de ti.

–Supongo, pero yo no cuento. Solo soy tu objeto de chantaje.

Él se volvió al ver que ella balanceaba las piernas y bostezaba.

–¿Quién te ha dicho que no cuentas?

Amy no podía decir en qué momento se había dado cuenta de que no contaba. Nadie se lo había dicho directamente, pero era evidente que todos pensaba que nunca sería como la niña que habían perdido.

Cuanto más lo intentaba, más fracasaba, así que decidió dejar de intentarlo porque sufría mucho cada vez que los decepcionaba.

Había sido en esos momentos cuando Leo entró en su vida y, por primera vez, no se sintió segundo plato.

–¿He dicho algo divertido?

Ella lo miró confusa y trató de regresar al presente.

–¿Qué quieres decir?

–Te has reído.

–Notaba un cosquilleo en la garganta –dijo ella, carraspeando sin mirarlo.

–La mantequilla está ahí –le dijo, al ver que él se volvía hacia la nevera–. Ahí, en el segundo estante –dijo ella–. La de la derecha es de ajo negro y la otra de ternera. Las dos están deliciosas.

Ella era feliz pensando en comida. La comida siempre había sido una forma de expresión, el sabor, las texturas, la combinación de especias, las rutinas…Había sido su salvación porque todo tenía sentido.

Ella lo observó mientras sacaba todos los artículos que necesitaba y los colocaba sobre una tabla de madera.

–¿Qué estás haciendo, Leo? –protestó ella–. Acabo de limpiarlo todo.

–Te voy a alimentar porque, claramente, no eres capaz de alimentarte sola.

–No tengo hambre. –Aunque, en realidad, estaba hambrienta.

–Come –le dijo él, ofreciéndole una rebanada de pan.

¿Su idea de comida era una rebanada de pan seco? Era gracioso, pero el agotamiento no permitió ni que Amy sonriera.

–¿Y tú?

–Yo he comido de sobra.

–¿Por qué estás siendo tan amable? –le preguntó mientras untaba mantequilla y paté en el pan–. No me has traído aquí para ser amable.

Amy dio un mordisco y notó que le subía la energía.

–¿Para qué crees que te he traído aquí? –preguntó él, y observó cómo devoraba la comida. Igual que una vez lo había devorado a él.

–Para restregarme por la cara el tipo de vida que podía haber tenido. –Se quitó las migas de los labios–. Es evidente, aunque quizá también tenga que ver con ¿control? Tú lo tienes y yo no. O quizá esperabas ver que he superado el deseo –se rio–. En cualquier caso, todo esto es una exageración. –Gesticuló mostrando a su alrededor–. No hacía falta que me trajeras aquí para demostrarme que eres una especie de dios del sexo irresistible. Podrías haber hecho lo mismo en Londres.

Él esbozó una sonrisa y ella empalideció al darse cuenta de lo que había dicho.

–Y me lo dice ahora –comentó él, disfrutando de cada momento.

Amy había cambiado, pero seguía sin poder disimular la respuesta física que él provocaba en ella.

–Solo estaba pensando en todas las millas de vuelo que hemos hecho. Y, para que lo sepas, da igual cuál sea el lugar, no va a pasar nada entre nosotros.

–¿Ese comentario lo has hecho para ti o para mí?

–Tu problema es que…

–No te calles, esto es fascinante.

Ella se sonrojó.

–Sabes muy bien a qué me refiero.

–Creo que sí.

–Tu problema es que has tenido demasiadas aventuras con mujeres que te han dicho lo perfecto que eres porque saben que nunca tendrán que verte con migas alrededor de la boca. –Cometió el error de fijarse en sus labios y se aclaró la garganta–. En serio, aunque me encantaría seguir machacándote el ego con algún comentario, ha sido un día largo y ya he tenido bastante.

–Apenas has comido, excepto a mí con la mirada.

–Es probable que por eso tenga indigestión.

–¡Come! –Le volvió a dar el plato.

–Estoy segura de que eso no figura en el contrato –dijo mientras untaba otra rebanada con paté–. Noto cómo se me obstruyen las arterias.

Leo probó un poco del paté que había en el cuchillo, consciente de que ella estaba mirándole la boca otra vez.

Amy bajó la vista y admitió.

–Tenía hambre. Necesitaba comida, pero es difícil comer bien cuando se está cocinando. Sobre todo, cuando se acaba tarde por la noche.

Leo observó que ella se lamía la comisura de los labios y ladeó la cabeza, bajando los párpados para ocultar la mirada de depredador que no era capaz de evitar. Entonces, se preguntó por qué trataba

de ocultar algo cuando no había nada que evitara la tensión en el ambiente o el deseo que se había instalado en su entrepierna.

–Está bueno –comentó bajando el cuchillo.

–Me he pasado un poco con el *brandy*.

–Siempre hay una crítica.

–No me gusta la falsa modestia.

–Entonces, sueles irte a la cama después del trabajo. –«¿Sola»?, se preguntó él.

–Eso sería estupendo –admitió ella–, pero es difícil desconectar después de una jornada agitada. No es que hoy lo fuera. Nunca había trabajado en una cocina con tanto personal.

–¿Te gusta estar ocupada?

Sus miradas se encontraron y Amy no fue capaz de apartar la vista.

«¿Y por qué iba a hacerlo? Es muy atractivo».

Ella sonrió.

–Cunado no estoy blanqueando dinero o agasajando a mis socios delincuentes, claro.

Leo suspiró con impaciencia.

–No seas tan quisquillosa. Aunque, ya que has sacado el tema, ya sabes que él te está utilizando, y que habría permitido que fueras tú la que sufriera la caída.

Ella asintió con lágrimas en los ojos.

–Entonces, ¿por qué? ¿Por qué permites que se salga con la suya? ¿Por qué dejas que te utilice de ese modo?

Leo estaba tenso y tenía los labios apretados. Respiraba de forma agitada y parecía un gato a punto de cazar a su presa.

–¿No te das cuenta de que se aprovecha de tu debilidad?

–No soy débil. Cuidar de alguien no es ser débil. –Deslizó el plato por la encimera, apoyó las manos sobre la superficie y saltó al suelo.

Capítulo 6

Su actitud lo enfurecía.

–¿Cuidar? Tu padre te utilizó, te destrozó la vida, y aun así sigues dejando tu vida por él. ¿Crees que eso es una medalla al valor? ¡Es una estupidez! ¿Y qué clase de mensaje transmite? ¡Aquí tienes mi otra mejilla! –espetó, girando la cabeza hacia un lado y señalando con un dedo su propia mejilla.

Amy deseó estirar la mano y acariciarlo para sentir su barba incipiente bajo la piel. No podía apartar la mirada de su rostro; su magnetismo la tenía atrapada.

–¿Qué estás mirando?

–Aquí pareces muy italiano.

–No se trata de geografía; soy medio italiano en todas partes.

–Bueno, desde luego se nota tu parte latina.

–No cambies de tema, Amy.

–No lo he hecho. Bueno, quizá solo un poco –admitió–. Mi padre… –suspiró, esquivando la mirada acusadora de Leo–. Es mi padre; tienes que entenderlo, con todos sus defectos. Tu propio abuelo…

–Rechazó a mi madre. –Pronunció cada palabra con lentitud. El fuego de su voz se había transformado en un frío cortante al revelar su pasado–. Apenas lo recuerdo, pero ella era de aquí. Imagina lo que debió de ser pasar de esto a la vida que tuvo. Su propio padre la condenó a una existencia de penuria y trabajo agotador. Era madre soltera, sin nada y…

Se calló y tragó saliva para recuperar el control de sus emociones.

–Yo no perdono tan fácilmente como tú.

–Pero has perdonado a tu abuelo.

–He aceptado quién es; no es exactamente lo mismo.

–Después de que falleciera mi madre y luego arrestaran a mi padre y lo dejaran en libertad bajo fianza…

–Tu madre siempre pareció una buena persona.

Ella asintió, con lágrimas en los ojos.

–Lo era, pero creo que cuando Alice murió… Perder a un bebé, a un hijo, algo así tiene que cambiarte. –Se llevó la mano al pecho y suspiró–. Siempre desee haberle dicho…

Él observó su dolor.

–¿El qué?

–Papá estaba destrozado por su muerte y luego… Yo estaba furiosa con él después del arresto, ya sabes, especialmente después de que la policía apareciera en el funeral de mamá. Tuvimos discusiones monumentales y, por primera vez en años, fui a las cuadras. Incluso monté un caballo. –Soltó una risita breve y tensa ante el recuerdo–. Solo lo hice para castigarlo.

–¿Lo disfrutaste?

La pregunta le arrancó una sonrisa irónica.

–Me encantan los caballos, pero resulta que no soy muy buena con las alturas.

Su intento de reírse de sí misma le provocó a Leo un nudo en la garganta. Era muy consciente de la ironía de su reacción. La había traído hasta allí para castigarla y había acabado atrapado por el impulso irresistible de protegerla… un impulso al que no tenía la menor intención de ceder.

–No es de extrañar que estuvieras tan enfadada con él.

–Lo sé, pero… una noche volví a casa… cuando él estaba en libertad bajo fianza y esperando que saliera la sentencia al día siguiente… Aun así, salí y lo dejé solo. Cuando regresé… había frascos de pastillas vacíos por todas partes, y él estaba inconsciente…

El impacto de aquella descripción, tan cruda y directa, lo dejó paralizado.

–¿Tu padre intentó quitarse la vida?

Ella asintió.

–Tuve suerte de llegar cuando llegué.

Leo apretó los labios. Expresar sus sospechas no iba a hacer que nadie se sintiera mejor, pero no pudo evitar preguntarse si Sinclair no habría calculado muy cuidadosamente el momento de aquel intento de suicidio. Fuera cual fuese la verdad, que Amy se hubiera convertido en la protectora de su padre cobraba mucho más sentido.

–No sé por qué te he contado todo eso. –Amy frunció el ceño y lo miró. A pesar de que él se había declarado su enemigo, ella se alegraba de haberlo compartido al fin.

Le temblaban las piernas y esperaba que no le fallaran.

–No has comido suficiente para mantenerte en pie –comentó él con un tono suave, oscuro y sedoso. Se colocó frente a ella, antes de que pudiera moverse, y la atrapó contra la encimera.

–He comido suficiente. Y, al sentarme en la superficie de trabajo, he quebrantado todas las normas de salud e higiene que te puedas imaginar –dijo ella.

–Nunca imagino normas de salud e higiene. ¿Quieres saber qué es lo que imagino, Amy?

Amy se colocó los mechones sueltos del cabello detrás de las orejas y emitió un pequeño gemido. Sentía un deseo imperioso de acariciarlo. Era como si no existiera nada más.

–Imagino tu boca.

Amy parpadeó y vio que Leo miraba su boca fijamente.

–También imagino tu risa. Esa risa plena… Y la más *sexy* del mundo.

Amy soltó risita nerviosa.

–Imagino…

Incapaz de soportar más revelaciones, lo interrumpió.

–¿No imaginas la venganza?

Sus palabras fueron como un jarro de agua helada.

La tensión sexual descendió de inmediato y Leo se encogió de hombros como para aceptar el golpe.

–¿Otro día, quizá? Ahora mismo, quiero… –Se inclinó hacia ella y acarició su mejilla con el pulgar, siguiendo la curva suave hasta detenerse junto a la comisura de su boca–. Me gustaría explorar cada recoveco húmedo de tu cuerpo.

Amy entreabrió los labios y emitió un gemido justo cuando él retiró el dedo pulgar y la besó.

El beso fue tan delicado como la caricia de una pluma.

El mundo pareció detenerse cuando sus miradas se encontraron y él la besó de verdad. Ella echó la cabeza hacia atrás, sostenida por la firmeza de su mano. Al instante, una ola de calor la invadió por dentro, y Amy notó que se le humedecía la entrepierna.

Al oír un sonido familiar, ese con el que tantas veces había soñado, él se apartó. Era eso o ceder a cada uno de los instintos primarios que lo empujaban a poseerla allí mismo, sobre el suelo de la cocina. No, ella merecía algo mejor.

«Para ser un hombre obsesionado con la venganza, Leo, estás mostrando demasiada consideración», se burló la voz en su cabeza.

–Eso parecía una venganza.

–Solo ha sido un beso. –Se encogió de hombros, restándole importancia.

Había sido algo calculado. Leo aprovechándose de su debilidad y del deseo que sabía que sentía por él… Y cuando ella lo comparó con los besos que una vez compartieron, esos besos llenos de lujuria, amor, risas y ternura, le dieron ganas de llorar por todo lo que había perdido.

Amy se pasó el dorso de la mano por los labios temblorosos, como si quisiera borrar el roce de los labios de Leo, y vio que el brillo de su mirada era indescifrable.

Parpadeando, se dirigió al fregadero y tomó un paño.

–¿Qué vas a hacer?

–Limpiar el desastre que has hecho. –El verdadero desastre, el enredo de emociones que revoloteaban en su cabeza, no era tan fácil de resolver.

«Necesitas un poco de autocontrol, Amy».

Leo le arrancó el paño de la mano y lo arrojó al fregadero.

–¿Intentas hacerte la mártir? Llevas despierta desde el amanecer y no has visto más que esta cocina…

–¿Y de quién es la culpa? Me hiciste entrar por la puerta de servicio.

–Nadie esperaba que te pusieras a trabajar de inmediato.

Amy lo fulminó con la mirada.

–¿Qué esperabas, Leo?

–Desde luego, no lo que ha pasado. Vamos, te llevaré a tu habitación.

Ella sonrió con sarcasmo.

–¿Será un sótano acogedor? No puedo esperar a verlo.

–Creo que al menos podemos ofrecerte agua corriente, caliente y fría –replicó él. Vio cómo ella desviaba la mirada hacia la encimera y el plato, y sus labios se tensaron–. Déjalo. Alguien más se encargará.

–Vaya, sí que te has acostumbrado a la vida de millonario arrogante, ¿no, Leo? Yo soy ese alguien que se encargará –murmuró agotada.

–Mañana te haré la visita completa, pero esta noche usaremos el atajo.

Al llegar, Amy no se había fijado en la escalera de caracol que había en el vestíbulo. Estaba demasiado cansada para discutir, demasiado desbordada por las emociones que él había removido desde lo más profundo de su pasado.

Lo siguió hasta arriba y, cuando llegaron, había dejado de contar los pisos y respiraba con dificultad.

–Este es el camino directo desde la zona de servicio hasta el ala de la torre este.

Amy imaginó el castillo tal como lo había visto al llegar, las torres cuadradas que se erguían sobre la estructura central.

–¿Así que estamos en la torre?

–Sí. Ambas torres, junto con la muralla defensiva, estaban aquí antes de que se añadiera el resto a mediados del siglo XIV. Ya no son estructuras separadas, sino parte de la casa.

–¿Y tu familia ha vivido aquí desde entonces?

–Llegamos en el siglo XV.

–Entonces, sois unos recién llegados.

–Con los años, el castillo se transformó en una mansión fortificada. Hay un piso más arriba.

–¿Cuántos pisos tiene?

–Siete. Este conecta con el ala sobre la biblioteca.

Amy parpadeó, tratando de visualizarlo.

–A mí me pareció un castillo. ¿Los demás empleados viven aquí? –preguntó en voz baja mientras descendían una amplia escalera y llegaban a un pasillo. Pasaron varias puertas y algunas ventanas abiertas, por las que entraba el sonido del mar acompañado de un aroma a ciprés y tomillo.

–Las antiguas dependencias han sido convertidas en viviendas, igual que las caballerizas. La mayoría vive en el pueblo y unos pocos viajan desde la ciudad.

Amy estaba tan cansada que decidió no hacer preguntas. Iría a conocer ese pueblo. Cuanto menos tuviera que tratar con Leo, mejor, porque después de lo ocurrido en la cocina era evidente que tan solo una mirada era peligrosa para su equilibrio.

Deseaba estrecharse contra su cuerpo, al mismo tiempo que quería empujarlo lejos. Tenía dolor de cabeza y, al mirarlo, le dolía todo lo demás. Además, los breves momentos de conversación hacían que recordara los momentos de intimidad que una vez habían compartido, y que, después, había perdido.

Amy tropezó al tener que dar grandes zancadas para poder seguirle el paso.

–Ya estamos.

Leo se detuvo frente a la única puerta que había en el pasillo. Con suerte, eso significaba que ella no se encontraría con ninguno de los veinte invitados que se quedaban a pasar la noche después de la cena.

–Gracias. –Amy esperó a que él se apartara–. Espero poder encontrar la cocina por la mañana.

–Por la mañana no te necesitarán en la cocina.

–Sí me necesitarán.

Él apretó la mandíbula, y la expresión de ella sugería que disfrutaba contradiciéndolo.

–¡Es el desayuno! Estoy seguro de que el resto del equipo podrá arreglárselas sin tu guía.

–¿Acaso te digo yo cómo tienes que hacer lo que tú haces? Por la mañana no solo hay que preparar el desayuno. Hay entregas, que

preparar menús y organizarlos –dijo ella, burlándose de su ignorancia.

Leo resultó no ser tan ignorante.

–Las entregas no son un problema; casi todo se produce aquí mismo. Puedes recorrer los jardines de la cocina y elegir los productos frescos. Nuestro ganado es ecológico y se cría en libertad. Incluso la mayor parte del vino se produce aquí… Me preguntaste qué hago… La bodega es mi pequeño proyecto.

Ella pareció impresionada, y él se sintió satisfecho.

–Mañana tendrás que conocer a mi abuelo –añadió él, deteniéndose para ver su cara de sorpresa.

Leo podría haber inventado una excusa cuando el anciano le dijo que quería conocer a la cocinera nueva. Posiblemente, trataría de que ella trabajara para él, ya que él decía que con Leo la buena comida se desperdiciaba. No obstante, Leo había decidido que aquello encajaba perfectamente en su plan para incomodar a Amy.

Hasta el momento, no había logrado el éxito que esperaba; había sido demasiado confiado. Amy había respondido bien a cada desafío, y ni siquiera el beso había conseguido alterarla.

–Pero…

–Un gesto de cortesía, solo para saludar. Se ha quedado impresionado con la cena de esta noche.

–¿No vive aquí?

–No, se retiró de la gestión diaria hace unos años. Actualmente vive en Florencia, así que ahora soy yo quien paga tu salario.

–¿Cuánto?

Leo soltó una risita.

–¿No leíste esa página?

–No le vi sentido. Esto es chantaje, no un trabajo, así que no pensé que pudiera negociar mi sueldo.

Él echó la cabeza hacia atrás, con altivez.

–¿Estás ofendido? –exclamó ella, incrédula–. ¡Lo siento, pero es la verdad! Y, si quieres saberlo, ni lo pensé. Estás pagando el salario de quien me sustituye en la camioneta de comida, así que asumí…

–¿Qué? ¿Que podrías sentarte, batir unos huevos y esperar a que esto terminara? Te ganarás el sueldo.

–No le tengo miedo al trabajo –repuso ofendida.

–Eso lo he notado.

Su respuesta seca la apaciguó un poco.

–Entonces, ¿cuándo es la audiencia con tu abuelo? –Por mucho que detestara la idea, no veía escapatoria.

Leo esbozó una sonrisa al oír las palabras que había elegido.

–Podremos hacer el recorrido de la casa primero.

–¿Podremos? –repitió recelosa.

–Yo guiaré la visita… y después te presentaré a mi abuelo.

–Podría pasear sola…

–Y perderte.

–Tengo un excelente sentido de la orientación –mintió–. Pero está bien, haré el recorrido. Adelante, enséñame todo lo que me he perdido, restriégamelo por la cara…

–¿Qué diablos estás diciendo?

Ella arqueó una ceja.

–Oh, vamos, Leo. Puedo ser lo bastante ingenua como para haber permitido que mi padre me engañe, pero no soy tonta. Esto forma parte de tu venganza: quieres enseñarme la vida que podría haber sido mía si me hubiera quedado a tu lado. Pero lo cierto es que, incluso si hubiera ido contigo, probablemente no estaríamos juntos ahora. ¿Has visto las estadísticas de matrimonios jóvenes?

–No recuerdo haberte propuesto matrimonio.

Reprimiendo las ganas de llorar, ella se encogió de hombros.

–Cierto, no fuimos tan insensatos, pero sabes a qué me refiero.

Cuando él por fin se apartó, Amy se apresuró a entrar en la habitación, pero, antes de que pudiera cerrar la puerta, él ya estaba dentro. Ella inspiró hondo y se giró lentamente para mirarlo.

–No necesito una visita guiada de mi habitación… –Se calló al mirar a su alrededor. Aquello debía de ser un error.

No era un dormitorio, sino una sala de estar. La puerta interior estaba abierta, y alcanzaba a ver una cama antigua de madera clara, con dosel y cortinas delicadas.

La estancia tenía un aire femenino: una mezcla de muebles antiguos y piezas modernas de diseño. El lino pálido de los sofás se alegraba con una selección ecléctica de cojines. Las alfombras sobre

el suelo de madera pulida aportaban toques vibrantes de color. El aroma delicioso que impregnaba la habitación provenía de un cuenco antiguo que había en la chimenea, lleno de lavanda y rosas.

Aquello no era lo que ella había esperado.

–Esta habitación es preciosa –dijo caminando hacia el dormitorio.

–Ya veo que pensabas que sería un ático polvoriento y que tendrías que hacer trabajos forzados. Eso explica que pasaras media noche delante de la puerta, discutiendo conmigo.

–No estaba discutiendo. Estaba ganando una discusión… En realidad, estábamos hablando… No esperaba que estar aquí implicara tanto hablar. Y, además, tú estabas…

–¿Estaba…? –la instó él.

–Da igual… –repuso ella, sintiendo un intenso calor en el vientre provocado por su proximidad.

Leo la miró fijamente y comentó con voz aterciopelada:

–Podríamos hacerlo. Ir al grano y quitárnoslo de encima.

Avanzó un paso hacia ella y, abrumada, Amy retrocedió dos, acabando dentro del dormitorio.

–¿Quitarnos de encima el qué?

–No finjas que no sabes de qué estoy hablando, Amy. Ya no somos adolescentes empeñados en llamar amor al sexo.

Ella permaneció inmóvil, sintiendo que se derretía por dentro.

Él la observó morderse el labio superior, carnoso y rosado, incitándolo. Sus respiraciones cortas y profundas, sus pupilas dilatadas… todo era una llamada.

Leo sintió que empezaba a perder el control. Se movió, y en el último segundo encontró la fuerza para contener el deseo que lo golpeaba sin tregua.

–Tienes que dejar de mirarme así si no quieres que esto pase, Amy.

Amy continuó mirándolo fijamente.

–Es cierto, quiero tener sexo… contigo. ¿Me vas a decir que tú no lo deseas?

Ella lo encaró con aquella mirada hipnótica y no dijo nada. El único sonido en la habitación era el tic-tac lejano de un reloj y su respiración agitada.

–Yo… Tú…

Al ver cómo temblaba, Leo tuvo que luchar para no tomarla entre sus brazos. Saber que una mujer lo deseaba era un afrodisíaco; saber que ella lo deseaba… era embriagador.

–Necesito oír cómo lo dices. Si me quieres, *cara*, ven y tómame –la desafió con la piel cubierta de una fina capa de sudor.

Nueve años atrás, ella lo había echado de su lado. Era esencial que, en esta ocasión, fuera ella quien le rogara que se quedara.

Amy se acercó sin dejar de mirarlo y se detuvo a muy poca distancia de él. El calor que emanaba de su cuerpo era abrasador.

–Te deseo.

Sus labios se encontraron y un intenso calor envolvió a ambos.

Él gimió cuando ella deslizó la lengua entre sus labios y le sujetó el rostro. Leo comenzó a besarla de forma apasionada y la estrechó entre sus brazos.

Amy se puso de puntillas y le acarició el cabello. Se desequilibraron hacia atrás y, sin dejar de besarse, cayeron juntos sobre la cama.

Leo rodó hacia un lado y se incorporó para quitarse la camisa. Ella se arrodilló para mirarlo, disfrutando de su torso musculoso y su piel bronceada.

Tras quitarse la camisa, Leo empezó a desabrocharse el cinturón.

–Si sigues mirándome así, esto acabará antes de empezar –susurró él, el calor de su mirada avivando el fuego en ella.

–Estás temblando –jadeó Amy, consumida por la urgencia creciente–. Déjame. –La orden fue feroz.

La sangre le ardía en las venas. Leo hundió los dedos en su cabello mientras ella inclinaba la cabeza y desabrochaba la hebilla; luego bajó hacia la cremallera. Rápidamente, él atrapó sus manos y las mantuvo separadas.

Incapaz de resistir su sonrisa provocativa, él se inclinó, la besó y abrió su blusa de un tirón, los botones salpicando la habitación mientras le quitaba la prenda de los hombros. Ella cayó de espaldas y se quitó los pantalones vaqueros en segundos.

Leo se apresuró a quitarse los pantalones y se dejó llevar por un deseo primitivo. Jamás había deseado así a una mujer.

Amy gimió cuando él le besó el hombro y el cuello antes de acostarse a su lado en la cama. Echando la cabeza hacia atrás, ella le rodeó la cintura con los brazos mientras él liberaba sus pechos y se entregaba a ellos, acariciando, amasando, adorando los pezones turgentes que ella le ofrecía arqueando la espalda.

Se detuvo un momento, se quitó los calzoncillos y su miembro erecto cayó directamente entre las manos de ella. Al sentir su presión, Leo soltó un fuerte gemido.

Él volvió a rendir homenaje a sus pechos y jugueteó con la lengua sobre sus pezones. La necesidad martilleaba en su interior mientras Leo luchaba por mantener una pizca de control, a pesar de que lo único que deseaba era adentrarse en la suavidad de su cuerpo.

–Eres preciosa –jadeó mientras le quitaba las diminutas bragas y se apoyaba en un codo para contemplarla desnuda por completo.

Ella tomó su mano y la guio al vértice de su entrepierna. Sus ojos se cerraron cuando él empezó a acariciarla. Su cuerpo estaba preparado, húmedo y ardiente mientras sus dedos deslizaban por aquellos pliegues íntimos.

Ansioso, él recorrió su cuerpo entre beso y beso, hasta deslizarse entre sus muslos abiertos. Ella arqueó la espalda cuando él rotó las caderas antes de penetrarla despacio. Empezaron a moverse al unísono, sin esfuerzo, y Leo sintió cómo la soledad que sentía se diluía entre el calor de su unión y la rendición total que ella le ofrecía.

Mientras el torbellino de sensaciones crecía en su interior, Amy casi se olvidó respirar. Ignoraba dónde terminaba ella y dónde empezaba Leo. Estaba inmersa en una tormenta perfecta y decadente que solo terminó cuando el clímax se apoderó de ambos al mismo tiempo.

Tendida allí, respirando con dificultad y aturdida por la intensidad, sintió cómo él besaba sus párpados y no pudo evitar una punzada de miedo. Todo aquello la había afectado demasiado.

Al sentir que Leo se movía de su lado, Amy abrió los ojos y lo observó desconcertada. Al instante, lo comprendió. No compartirían un rato de intimidad después de aquello.

–¿Te vas? –preguntó ella, tratando de mantener un tono neutral y cubriéndose con la sábana.

Él recogió la camisa del suelo y miró a Amy un instante. Ignorando la punzada que le oprimía el corazón, asintió. Debía marcharse, aunque deseara quedarse en aquella cama abrazándola.

«Eso no es lo que debe suceder cuando uno solo busca saciar un deseo carnal», se recordó. Por eso, le resultó casi un alivio sentir que la soledad que llevaba años usando como armadura volvía a apoderarse de él.

–Duerme un poco, Amy. Te veré por la mañana –murmuró mientras se vestía. Después salió de la habitación y cerró la puerta.

Amy se giró en la cama y comenzó a golpear la almohada con los puños. Un fuerte sentimiento de vergüenza se había apoderado de ella.

Odiaba a Leo por lo que le había hecho.

Y tampoco sentía demasiado aprecio por sí misma, por haberse rendido a él tan fácilmente.

En el pasillo, Leo apoyó la espalda contra la pared y se mesó el cabello. Echó la cabeza hacia atrás y la dejó caer suavemente contra la piedra, los tendones de su cuello tensándose bajo la piel dorada.

Permaneció allí unos instantes, hasta que su respiración, errática y torpe, empezó a acompasarse de nuevo. Estaba a punto de complicarlo todo, y no podía permitírselo. Entre ellos solo había química, una atracción natural, nada más. Sí, era intensa… abrasadora incluso, pero tarde o temprano se enfriaría, como siempre ocurría. Lo sensato sería disfrutarlo mientras durara. Una descarga sexual de alto voltaje sería tan terapéutica como placentera. Borraría el rastro y el caos persistente que Amy había dejado en su cabeza.

Debería haberle resultado sencillo. Y habría sido así si ella no hubiese cambiado. Él había creído que Amy seguiría siendo la misma de antes, una mujer dulce y maleable. No obstante, Amy había cambiado.

La nueva Amy se le enfrentaba sin parpadear y ya no mostraba la menor ansiedad por complacerlo.

Lo peor de todo era que esa nueva Amy resultaba aún más irresistible.

Negó con la cabeza y frunció el ceño, recordando cómo Amy había conseguido que hubiera paz en la cocina, simplemente entrando en ella y sin siquiera elevar el tono de voz.

Había conseguido manejar a todos los empleados, y ninguno se había dado cuenta de ello. ¿Acaso Leo temía que ella pudiera manejarlo a él también si se lo permitía?

Capítulo 7

Amy había mirado el reloj por última vez a las cuatro de la madrugada. Cuando agarró el móvil y lo miró con los ojos empañados, vio que ya eran las siete y media. La luz entraba por la ventana y se cubrió los ojos con la mano para evitarla.

Se sentó en la cama y recordó los acontecimientos del día anterior. Sobre todo, los últimos. La manera en que sus cuerpos había vuelto a reconocerse y la certeza de cuánto lo había deseado la asustaba.

Y todavía lo deseaba.

Abrió un ojo. ¿Había metido en la maleta su medicación para la migraña? Ya sabía la respuesta, pero gritar solo habría empeorado el dolor, así que se limitó a cruzar la habitación hacia la ventana, buscando a tientas el mecanismo que bajaba las persianas.

Rebuscó en su bolso hasta encontrar un blíster de analgésicos genéricos: no eran milagrosos, pero sería mejor que nada, sobre todo si hacían efecto antes de que la migraña se adueñara de ella.

Se volvió a tender en la cama y esperó pacientemente a que la medicación obrara su magia. Media hora después, hizo una prueba incorporándose con lentitud. El simple hecho de poder hacerlo sin marearse ni sentir náuseas era señal de que las pastillas habían surtido efecto.

Debía estar en plena forma para conocer al abuelo de Leo. Un hombre que no parecía precisamente cálido o entrañable. Se dirigió al baño y descubrió que era enorme, más grande que todo su piso de Londres. Al ver la bañera de cobre, suspiró.

Ese era su sueño. Y la realidad cotidiana de Leo.

No tenían ningún futuro juntos. Él lo tenía todo al alcance de la mano… incluida a ella. ¿Y cuando la chispa se apagase? Pensó en

todos esos años de aplastante soledad de los que había logrado escapar. ¿En qué estaba pensando al dar la oportunidad para que todo eso pudiera repetirse?

Sabía que había cometido un error, pero sabía que, si pudiera volver atrás y revivir la noche anterior, haría exactamente lo mismo.

Con los ojos cerrados, entró en la ducha. El agua no estaba fría, pero al menos ahogaba la voz condenatoria que resonaba en su cabeza.

Pasó una eternidad bajo los chorros humeantes de la columna de ducha mientras el agua la golpeaba desde todos los ángulos. Era puro hedonismo. ¿Cuánto tiempo llevaba sin permitirse algo así? Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras saboreaba la indulgencia. También disfrutó del lujo de envolver su cuerpo en una de esas toallas esponjosas apiladas como en un spa… hasta que se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué hora era.

Amy se quedó perpleja. Ella siempre sabía la hora. Su vida giraba en torno a llegar puntual al trabajo y avanzar metódicamente por la interminable lista de tareas que debía completar. Esa era la única manera de sobrevivir al día. No podía bajar la guardia, porque si lo hacía su vida se descontrolaría de inmediato.

Y su temor real era que ella también pudiera perder el control.

Sacudió la cabeza, arrepintiéndose al instante del movimiento. La gente siempre había esperado demasiado de ella como para permitirse semejante lujo. Incluso cuando perdió a Leo, no se concedió la oportunidad de derrumbarse. A base de pura fuerza de voluntad, había empujado su dolor hasta hacerlo desaparecer.

Buscó el móvil para mirar la hora y vio que apenas tenía batería. Al ver la hora, frunció el ceño con preocupación.

¿Qué haría si Leo aparecía?

¿Y cómo se suponía que debía actuar después de lo que había sucedido la noche anterior?

Aunque quizás, después de lo sucedido, él no querría ni verla. La idea no le resultaba tan reconfortante como debería.

Se puso uno de los batines que colgaban en el perchero y se envolvió el cabello mojado con una toalla a modo de turbante.

Anudándose el cinturón del batín, regresó a la habitación contigua mientras intentaba pensar una estrategia para enfrentarse a él.

No había rastro de su maleta.

Tras abrir varias puertas, encontró su maleta vacía y toda su ropa perfectamente colgada y doblada.

Media hora más tarde, después de haberse vestido y recogido el cabello en una trenza, Amy regresó al baño a recoger la ropa que había en el suelo. De pronto, escuchó un golpe que parecía provenía de la puerta exterior. Se quedó petrificada, escuchando, y oyó una voz femenina diciendo algo que no logró distinguir. Un instante después oyó cómo la puerta se cerraba con suavidad.

«Al menos no era Leo», pensó mirándose en el espejo. Metió la ropa en el cesto de la colada, respiró hondo y abrió la puerta.

La estancia estaba vacía. La persona que había entrado había abierto las persianas y dejado una bandeja con un delicioso aroma a café.

Como todavía le dolía la cabeza, bajó un poco más las persianas y se dirigió a la mesa donde estaba el café.

¿A los empleados les servían el café en la habitación?

¿Y dormían en habitaciones así?

¿O solo aquellos que se acostaban con el jefe?

Aunque el detalle era muy agradable, no la ayudaría a establecer una relación profesional con el personal de cocina si pensaban que recibía un trato preferente.

O que se acostaba con el jefe.

¿Leo había aprovechado la oportunidad para mostrarle lo que él tenía y ella no? Decidió que la mejor manera de responder a un intento de incomodarla era disfrutar de los privilegios, así que se sirvió una taza de café y bebió con deleite mientras se dedicaba a inspeccionar su entorno con más calma.

Lo primero que captó su atención fue un pequeño botón en el suelo, junto a la puerta abierta del dormitorio. El recuerdo de cómo había llegado allí provocó que una ola de deseo erizara su piel.

Había decidido atribuir su comportamiento de la noche anterior a una combinación de agotamiento extremo y al hecho de que su apetito sexual llevaba prácticamente nueve años en hibernación.

Y había sido Leo quien lo hizo despertar.

El pánico se apoderó de ella al pensar en ello. Y, en ese mismo instante, la puerta se abrió sin previo aviso.

Leo se detuvo un instante antes de entrar.

–¿Hay una taza de sobra? –preguntó mirando la bandeja.

Ella respondió con una sonrisa y lo miró.

–Así es. Cualquiera pensaría que alguien sabía que vendrías. –Había decidido que, si él mencionaba lo ocurrido la noche anterior, ella se limitaría a encogerse de hombros con frialdad.

No obstante, Leo no mencionó nada al respecto, ni tampoco hizo nada. Excepto provocar que a ella se le acelerara el pulso.

Claro que era algo que le pasaría a cualquier mujer si él aparecía sin previo aviso con unos pantalones de deporte y una dichosa camiseta de correr que se adhería a su piel bronceada. Una piel que parecía exudar feromonas desde cada uno de sus poros.

Amy se tocó el cabello, intentando no mirar a Leo.

–Perdón, he corrido más de lo que pensaba.

Amy se presionó la sien con los dedos, sin intención alguna de contarle lo de su migraña, o de revelar la más mínima debilidad.

–Y perdón por… –Sonrió y gesticuló para mostrar su ropa deportiva.

Ella se humedeció los labios y pensó que su sonrisa era una provocación en lugar de una disculpa.

–No quería que tuvieras que esperar antes de empezar la visita –dijo él. Frunció el ceño, caminó hasta la primera ventana y subió la persiana, repitiendo el gesto en las otras dos.

Ella se negó rotundamente a pedirle que las volviera a bajar. Prefería la incomodidad a admitir cualquier vulnerabilidad ante Leo. Ajustó su postura para colocarse de espaldas a las ventanas y observó en silencio cómo él se servía el café.

Él bebió un trago largo y se sentó en uno de los sillones. No estaba realmente diseñado para alguien de su tamaño, pero él era incapaz de hacer algo que no resultara elegante y perfectamente coordinado.

Ella trató de pensar una respuesta fría, pero acabó fatalmente distraída. Leo irradiaba energía, a pesar de que se notaba que

estaba tenso.

Al fin y al cabo, la vida de un multimillonario incluía cierto nivel de estrés. Quizá aquellos artículos que había leído sobre él, donde aseguraban que él caía dormido en cuanto tocaba la almohada y despertaba fresco seis horas después, no fueran más que parte de la narrativa ficticia que lo rodeaba.

Las mujeres, sin embargo, no eran ficticias.

Amy sintió un nudo en el estómago, pero se negó a aceptar que era a causa de los celos.

–No pensé que fuera una…

–¿Una cita?

–Una quedada –rectificó, forzando una sonrisa–. Puede ser otro día. Y si estás ocupado me divertiré explorando por mi cuenta.

–Era una quedada. Y no tengo ninguna prisa –replicó él.

Se volvió hacia ella y la observó un instante.

–¿Dormiste bien?

–Como un bebé –mintió con alegría–. ¿Y tú? ¿Has tenido una buena carrera, o entrenamiento, o…?

–Hay gimnasio y piscina interior y exterior, así que siéntete libre de usarlos –dijo él.

Él ya había hecho uso de ambas instalaciones antes de salir a correr. Había agotado su cuerpo, aunque no su mente, que solo se había despejado realmente al entrar en el sendero del bosque.

Estaba analizándolo todo. No había ningún problema que resolver; no era un adolescente hormonado ni uno de esos hombres que se ponían poéticos sobre las conexiones emocionales.

Lo de la noche anterior había sido sexo. Sexo excelente y demoledor, sí, pero solo sexo.

–No creo que tenga tiempo –respondió ella con cierto tono desafiante.

–¿Tienes algún problema con cómo voy vestido? –preguntó él, con cierto tono burlón y antes de dejar la taza vacía en la bandeja.

Ella apretó los labios y lo fulminó con la mirada. «Gracias por señalar que no puedo apartar los ojos de ti».

–Solo pensaba que tu aspecto de hoy no es el de un ejecutivo.

–Tú estás preciosa esta mañana. Nunca llegamos a pasar una noche juntos, ¿verdad?

A pesar de su inocencia, ella no se había mostrado nada inhibida. De hecho, parecía haber disfrutado de provocarlo.

Él había tenido amantes más hábiles que ella, pero ninguna había estado cerca de igualar aquella iniciación carnal y juvenil que habían compartido.

Hasta aquella noche, a veces se había preguntado si no estaría adornando sus recuerdos con nostalgia.

Ahora sabía que no.

La observó un instante… El ángulo de su mandíbula, su lóbulo delicado… Dios santo, ¿qué demonios le pasaba? ¡Se estaba excitando por la mandíbula de una mujer!

Todo en ella era tan… Leo bebió el último sorbo de café y se levantó, paseando de forma inquieta por la habitación. Al investigar sobre su vida no había encontrado ninguna relación duradera, pero le parecía imposible que una mujer con su sensualidad hubiera vivido como una monja.

Aun así, saber que se conformaba con un encuentro casual no disipaba del todo la inquietud que sentía respecto a lo de anoche. Intentó no pensar en los hombres sin rostro que hubieran pasado por su vida; puesto que no era un tema en el que quisiera detenerse. Y era consciente de que, dada su propia vida, desaprobar la de ella era increíblemente hipócrita.

–Anoche…

–Un error, lo sé.

–Yo pensaba más en que era inevitable –corrigió él.

–Ah.

Ella juntó las manos sobre su regazo y bajó la mirada.

–Yo… quiero decirte… No siempre actúo con tan poca delicadeza.

Amy levantó la vista y se sorprendió al ver un destello de vergüenza en su rostro.

–¡Estuviste perfecto! –Se sonrojó al instante.

–Tú también.

–Esto podría complicarse, Leo.

–¿De qué te preocupas ahora? No estamos en una relación, así que ¿por qué iba a haber complicaciones?

Para él no las habría, claro, porque a él ni siquiera le gustaba ella, mientras que ella…

–No me gusta la idea de que creas que estoy aquí para que tengas sexo a demanda. Eso no aparece en mi contrato, ni siquiera en la letra pequeña.

Él la miró sorprendido y soltó una carcajada.

–No te estreses –le dijo–. Iremos viendo, ¿te parece? Para que lo sepas, yo estaría encantado de darte sexo a demanda durante tu estancia. ¿Vas a comerte esto? –preguntó agarrando un cruasán y metiéndoselo en la boca antes de que ella respondiera.

–No desayuno –mintió.

–Me estás desayunando a mí –contestó él con una sonrisa ladeada.

Amy se percató de que estaba mirando su boca fijamente. Desvió la mirada hacia arriba, encontrando sus ojos oscuros, pero no sintió ningún alivio.

–Con tus ojos –aclaró él, por si acaso la indirecta no había sido lo bastante evidente.

–Te tienes mucha autoestima, ¿verdad? De hecho, estaba pensando que podrías haberte duchado antes de venir –replicó ella mientras sacaba unas enormes gafas de sol del bolso y se las colocaba con gesto firme.

–Has cambiado. Antes no tenías ningún problema con mi sudor. Más bien lo contrario.

Amy no pudo evitar recordar el olor y el sabor de su piel húmeda. Carraspeó y parpadeó para borrar las imágenes que se agolpaban en su mente.

En ese instante, Leo se incorporó del sillón y se frotó las manos.

–Entonces, ¿lo hacemos de una vez? –preguntó él.

–¿El qué?

–El recorrido por la casa. ¿Qué pensabas que quería decir, *cara*?

–¿Puedes dejar de llamarme así? –soltó ella, irritada.

–¿Por qué? Soy italiano. Me sale de forma natural.

Ella giró la cabeza, tratando de evitar el aroma del café. Normalmente le encantaba, pero la migraña había alterado todos sus sentidos.

–¿Nunca supiste que tenías familia aquí? ¿Tu madre nunca habló de…? Perdona, no quería… –titubeó, sin estar segura de si debía preguntar, sin saber si tenía derecho a hacerlo.

–¿Meter tu encantadora naricita donde no te llaman? –replicó él, encogiéndose de hombros.

Amy inclinó la cabeza.

–Mi madre… no, nunca.

Amy tuvo la impresión de que esas palabras no iban exactamente dirigidas a ella. Apenas parecía reconocer su presencia; era casi como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

Él siguió hablando.

–Al menos hasta que enfermó. Al final, cuando tomaba esa medicación tan fuerte, sí hablaba de este lugar… aunque entonces yo no lo sabía, porque se ponía a hablar en italiano.

–Es extraño que no te hablara en italiano cuando eras pequeño.

Leo la miró de nuevo.

–¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

Ella esperaba que cortara la conversación, pero, tras una pausa, él añadió algo más.

–Creo que mi madre intentaba borrar su pasado. Yo sí sabía algunas palabras, algunas frases que decía a veces. Cuando la oí llamar a su *papá*, supuse que estaba muerto. Y seguí creyéndolo durante mucho tiempo.

–Es muy triste, pero debió de ser maravilloso descubrir que no estabas solo –dijo Amy en voz suave.

Él imaginó sus ojos, escondidos tras las gafas oscuras, brillando con empatía. Y le resultó irónico, dadas las circunstancias.

–En una ocasión pensé que no estaba solo… pero estaba equivocado –dijo apretando los dientes y observando cómo ella palidecía–. No pongas esa cara, Amy. Lo que no mata… ya sabes. Bueno, ¿estás preparada?

–Solo necesito mi… –Sus palabras quedaron suspendidas en el aire cuando ella se escabulló hacia el baño. Necesitaba un minuto.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y no era capaz de contenerlas.

¿Y por qué lloraba?

Él jamás la perdonaría, y ella lo sabía. Durante mucho tiempo, tampoco había conseguido perdonarse a sí misma. Y, aun así, si tuviera que volver a elegir… habría hecho lo mismo. Eso no lo convertía en lo correcto, pero, correcto o no, era algo con lo que tenía que vivir.

Y lo había hecho. Dejando ir, avanzando. Pero al estar allí, viéndolo a él, recordando al Leo que había sido…

Él había seguido adelante, y ella también. Sus vidas solo se tocaban de nuevo por un instante. Nada más.

Amy agarró un pañuelo y se sonó la nariz. Limpió sus gafas con la manga y fue a buscar sus zapatillas, que quién sabía dónde las habría arrojado la noche anterior. Si Leo quería enseñarle la casa, que lo hiciera. Cualquier excusa para salir de aquella habitación era buena.

Leo la había observado salir de la habitación sin perder detalle. Cuando Amy regresó, él seguía esforzándose por mantener la libido bajo control. Amy trató de no perder el equilibrio mientras levanta la pierna para ponerse una de las zapatillas y Leo comentó:

–No hay fuego. Siéntate antes de que te lesiones.

Ella obedeció al instante, dejándose caer literalmente al suelo, cruzando las piernas, metiendo su pie desnudo en la zapatilla antes volver a levantarse.

¿Siempre había sido así? ¿Siempre en movimiento, siempre corriendo? Ciertas cosas habían cambiado, sí. Su rostro era un poco más fino, sus rasgos más definidos; sus mejillas redondeadas, más marcadas; su barbilla, más afilada.

Pero su cuerpo… su cuerpo era exactamente como él lo recordaba.

Una imagen surgió sin permiso, traspasando la pared mental donde había encerrado todo aquello que había clasificado como fantasías juveniles.

Excepto que esa fantasía había sido real.

Amy, con sus pezones turgentes asomando entre su cabello sedoso, inclinándose sobre él, con las manos a ambos lados de su cabeza, su melena rozándole el pecho…

Ignoró la imagen. Aquello pertenecía a una época en la que creía querer ataduras; antes de comprender las ventajas del sexo sin complicaciones, sin obligaciones.

Quedarse absorto en el vaivén de sus pechos bajo aquella camisa de algodón no significaba nada profundo: era solo necesidad física. Tan simple como saciar la sed.

«Claro, sí, compárala con un vaso de cerveza, Leo», se burló su voz interna. «Funcionará de maravilla».

Ajena a la batalla que él libraba en su interior, Amy se esforzó por poner un gesto neutro que no delatara la fricción de sus pechos contra la tela blanca mientras buscaba con desesperación una respuesta, porque la verdad no era una opción.

–Vamos a terminar con esto. Tengo trabajo –dijo. El trabajo siempre había sido su salvación. Observar combinaciones de especias, sabores y texturas acallaba el ruido de fondo… o al menos bajaba el volumen.

Él abrió la puerta que daba al pasillo y ella salió. Al notar la luz intensa en sus ojos, se los cubrió con la mano una pizca para protegerse.

–Entonces, ¿no eres muy partidaria de delegar? –comentó él.

–No le pido a nadie que haga algo que yo no sea capaz de hacer –respondió ella–. Nunca he sido lo que se podría llamar una chef ejecutiva. Me gusta estar ahí, con las manos en la masa, incluso cuando trabajaba en el restaurante –añadió echando una breve mirada a sus propias manos pequeñas, con las uñas perfectamente recortadas y nacaradas–. Puede que no hubiésemos conservado la estrella Michelin, aunque no hubiésemos cerrado. Hay mucha presión para mantenerla… Pero, para mí, nunca se trató de atraer a una clientela elitista. Solo quería servir buena comida y, por desgracia, solo la élite podía permitírsela.

Leo siguió la dirección de su mirada. Excepto la noche anterior, no había visto aún esos dedos elegantes picar o trocear, pero tenía

sobrada experiencia en cómo podían acariciarle la piel con delicadeza. Su cuerpo reaccionó al recordarlo, incapaz de resistirse al intenso deseo que se había instalado en su vientre.

Leo apretó los dientes y trató de convencerse de que lo tenía todo bajo control.

–Muy igualitario por tu parte –murmuró, con un deje de burla.

Ella ignoró por completo su ironía.

–En mi experiencia, dar órdenes a diestro y siniestro no es la vía más rápida para ganarse el respeto –respondió, y sintió que sus hombros se relajaban un poco. Habían tomado un camino distinto al del día anterior. Las ventanas con vistas interminables habían quedado atrás y habían sido sustituidas por hornacinas de piedra que albergaban figuras en bajorrelieve. Complicadas, pero nada acogedoras.

–¿Necesitas respeto?

–Bueno, es útil. Especialmente cuando se está en una cocina llena de profesionales con mucha más experiencia que una. –Se había dado cuenta al reconocer algunos nombres y, tras buscarlos en Internet, confirmó que el nivel de experiencia que había en la cocina de Romano era abrumador–. Se les pide que trabajen muy por debajo de su categoría profesional, así que debe de ser frustrante. Eso explica el ambiente que había anoche cuando entramos… y no solo por el hecho de que mi presencia fuera impuesta.

–¿Se supone que los chefs deben ser tan modestos? –replicó él–. Tenía entendido que la arrogancia venía incluida en el uniforme.

Ella esbozó una sonrisa y tuvo que contener una carcajada. ¡Qué ironía, viniendo precisamente del hombre que rezumaba arrogancia por cada poro!

–¿Vas a compartir el chiste?

Ella se rio.

–Oh, lo dudo muchísimo. No creo que lo entendieras. Solo estoy impresionada de que la palabra *modesto* forme parte de tu vocabulario. Y, para que conste, no me estoy infravalorando. Soy buena en lo que hago, pero…

–Nada de peros –la interrumpió, reponiéndose de la sorpresa de haber sido objeto de burla–. La razón por la que esa gente tan

cualificada trabaja bajo tus órdenes es que aceptaron mucho dinero por hacerlo. Yo solo contrato a los mejores entre los mejores.

El comentario confirmó lo que Amy ya sospechaba.

–Demasiados líderes; demasiados egos. Aunque ninguno lo bastante grande para competir con el tuyo, por supuesto.

Se detuvieron al llegar a una galería. El pasillo se extendía hacia la derecha, casi hasta perderse en la distancia, y ellos se encontraban a la cabeza de una escalera amplia y curvada.

Descendía hacia un espacio enorme. En un estrado elevado, al fondo, un piano de cola dominaba la sala, majestuoso, imponente, como si aguardara una ovación contenida…

El suelo de mármol tenía un acabado nacarado que parecía encenderse con la calidez de los vibrantes frescos antiguos que decoraban las paredes.

Amy parpadeó, tratando de imaginar cómo se vería aquella sala cuando las lámparas de araña estuvieran encendidas, iluminando los pilares tallados con exquisito detalle y las esculturas en bajorrelieve.

–El salón de baile.

Amy lanzó una mirada furtiva e insegura hacia Leo. Aquella estancia merecía gran admiración. Incapaz de resistir la tentación, deslizó la mano por la madera pulida y curvada de la barandilla, disfrutando del tacto suave bajo sus dedos.

–¿Qué es ese aroma? –preguntó al fin, agradecida por algo que no le revolvía el estómago.

–Cedro.

–Puedo imaginar cómo sería una gran entrada por esta escalera –dijo inclinando la cabeza hacia atrás para mirar los frescos.

–Hoy en día solo se usa en contadas ocasiones. Este año se utilizará por primera vez en la gala.

–¿Cuándo es la gala?

–Dentro de unas seis semanas.

–Y por eso estoy aquí –respondió ladeando la cabeza en un gesto desafiante–. ¿No es así?

Él la interrumpió con frialdad.

–Que conste que me gusta mantener cierta distancia entre trabajo y placer.

Mientras hablaba dio un paso hacia ella, pero en todos los sentidos se sintió más distante que nunca.

–Me parece perfecto.

–Creo que la disfrutarás.

–¿Hablamos de trabajo ahora?

–No habría dicho nada si no habláramos de trabajo, pero, a menos que seas una actriz excepcional, sé que disfrutaste anoche.

Ella deseó devolverle un comentario arrogante, restregárselo por ese rostro hermoso y autosuficiente… pero tenía razón. No era tan buena actriz.

–La adquisición que vamos a celebrar la realizamos el mes pasado –continuó él–, pero pensamos que sería apropiado unirlo a la celebración del cumpleaños de mi abuelo.

–¿Él estará también? –soltó sin pensar.

–Guarda el pánico para después de conocerlo.

–No es pánico, es verdadera preocupación. Se supone que debo estar al mando de todo esto, así que un poco más de información sería útil.

–Te reenviaré la lista de invitados. Estoy seguro de que reconocerás muchos nombres… Viejos amigos y demás; el mundo es pequeño. Seguro que te encantará ponerte al día.

«En realidad, esperas que no lo disfrute», pensó Amy, manteniendo el rostro inexpresivo.

–No voy a ponerme al día con nadie. Estaré trabajando.

–Lo cierto es que el personal se reforzará con un servicio de *catering* externo. Obviamente nuestra cocina… bueno, tu cocina –rectificó con una leve sonrisa– supervisará el menú. Imagino que aún estás a tiempo de modificar las propuestas de tu predecesor, si quieres dejar tu sello. Pero tu papel será estrictamente el de chef ejecutiva, y como tal tendrás que aparecer de cara al público.

Así que ese era su plan desde el principio: lanzarla de cabeza entre gente de su antigua vida… y presentarla como la empleada contratada.

–Algo nada intimidante –comentó ella con ironía.

Él soltó una carcajada.

–Creo que haría falta mucho para intimidarte.

–¿Eso es un cumplido?

No había sido un cumplido intencionado. A cierto nivel, sabía que si fuera objetivo estaría impresionado por su resistencia y por su determinación.

Pero no era objetivo.

–Un comentario sin más –replicó con suave frialdad.

–Bueno, no estaré allí. Como ya dije, soy muy de trabajar con las manos. Me gusta estar en la cocina todo el tiempo.

–¿Con las manos…? Es bueno saberlo –susurró, observando cómo ella se sonrojaba como una virgen, cosa que sabía perfectamente que no era. Sintió una punzada de autodesprecio. Había trazado una fina línea en la arena, lo profesional a un lado, lo personal al otro, con la falsa seguridad de que bastaría el roce de un zapato para difuminarla.

–Además, no tengo nada que ponerme para ese tipo de ocasión –objetó ella, consciente de que su cabeza palpitante no estaba lista para una batalla completa sobre ese tema. No en ese momento.

–Creo que eso podemos solucionarlo. Siempre me ha gustado cómo te sienta el rojo.

Amy apretó los dientes, resistiéndose a morder el anzuelo.

–No necesito que me arreglen ni que me vistan.

«¿Y que me desvistan?», pensó antes de poder evitarlo. Desesperada, cambió de tema.

–¿A dónde lleva ese pasillo?

–Más adelante hay acceso a las murallas –indicó él con un gesto–. La vista desde allí merece la pena. –Miró su reloj–. No obstante, tendremos que acortar la visita. Mi abuelo es una criatura de costumbres, y desde la neumonía suele descansar antes de comer.

–Lo siento, no sabía que había estado enfermo.

–No está delicado, pero a su edad la recuperación lleva más tiempo.

–Lo comprendo.

–Por aquí.

Amy bajó los escalones, imaginando con cierta melancolía a todas las mujeres, con tacones finos y vestidos de baile, que habrían descendido por allí antes que ella.

Frunció el ceño, enojada. Se negaba a envidiar a aquellas mujeres Romano, elegidas sin duda por su linaje y sus fortunas.

Una vez, ella había sido una leve imitación de ese tipo de mujer, destinada a formar una alianza conveniente.

De pronto, sentía lástima por ellas.

Ella no era la amante embelesada de Leo.

No era la hija decepcionante que sus padres lamentaban.

No era la niña rica a la que le habían comprado un restaurante.

Solo era Amy, viviendo día a día, y pese a la preocupación por las facturas, el terror de que su padre volviera a la cárcel, y el tormento constante de estar cerca de un hombre que la hacía recordar que era una mujer, estaba contenta de asumir la responsabilidad de su propia vida.

Deslizó la mano por la barandilla pulida. No había encajado jamás en el círculo social que sus padres soñaban para ella, y el mundo que Leo dominaba estaba más allá de aquello en todos los sentidos. Al menos nunca había tenido que afrontar esa realidad en un momento de su vida en el que no habría tenido fuerzas para soportarla.

Si hubieran seguido juntos cuando Leo descubrió que era heredero de la familia Romano, solo habría acelerado el final inevitable.

La riqueza cambiaba a las personas, y Leo la habría abandonado.

Sin embargo, había sido ella quien lo dejó atrás, y los hombres como Leo siempre eran los que se marchaban primero. Lo que estaba ocurriendo entre ellos en esos momentos tenía mucho que ver con el orgullo masculino herido. Nada más. Y eso sí podía manejarlo.

–¿Cómo es tu abuelo? –le preguntó al llegar al final de la escalera.

Leo se detuvo.

–Es como un hombre que echó a su hija de su vida porque, a diferencia de ti, ella siguió a su corazón.

–¿O a sus hormonas? –sugirió Amy, ocultando capas de dolor bajo la agresividad, ya que los analgésicos le habían dejado de hacer efecto y los síntomas inconfundibles de una migraña total avanzaban sin piedad–. ¿Y adónde la llevó eso de seguir su corazón?

–La situación no es comparable. Mi madre estaba embarazada y él la obligó a marcharse. Crio sola a un hijo, en un país extranjero, sin ningún apoyo.

Su empatía hacia su madre era honorable.

¿Habría sido igual de empático si supiera que Amy también estaba embarazada, sin saberlo, cuando se separaron? Era una pregunta que ella se había hecho miles de veces a lo largo de los años.

Su instinto la había hecho desear correr hacia él, pero quizá había tenido suerte de no haberlo encontrado.

¿Y si él se hubiera horrorizado al verse atado a un bebé a su edad?

–Le dio un ultimátum, o dejaba al novio o…

–¿Así que escaparon juntos? –dijo ella. «Como nosotros planeábamos hacerlo».

Pero Leo nunca había sabido lo del bebé.

Y nunca lo sabría, porque ¿qué sentido tendría decírselo?

–No. Él volvió con su esposa.

–¿Entonces tu abuelo siempre supo que tenía un nieto? ¿Cuándo empezó a buscarte?

–No, no sabía nada de mí.

–¿Así que no sabía que tu madre estaba embarazada?

Él le lanzó una mirada fulminante.

–La echó porque no obedecía.

En la misma situación, ella se había quedado. Amy y la madre de Leo eran dos caras de la misma moneda.

–No conozco a tu abuelo y no lo estoy defendiendo, pero… –Negó con la cabeza y volvió a estremecerse cuando la migraña se hizo más potente–. Lo siento, no es asunto mío. Obviamente tenéis una relación, y eso es bueno. No es fácil dejar atrás el pasado, pero claramente os entendéis.

Estuvo a punto de añadir que siempre se puede dejar atrás el pasado, pero entonces recordó que Leo no era de los que dejaban nada atrás.

Él nunca perdonaba y tampoco olvidaba.

Capítulo 8

Qué te pasa?

–Nada.

–Entonces, ¿por qué te escondes detrás de esas gafas de sol?

–No me escondo, tengo dolor de cabeza.

Él arqueó las cejas.

–Tómate una aspirina.

–La empatía es una de tus cualidades más encantadoras –murmuró ella a sus espaldas mientras lo seguía por el pasillo. Estaba como en una nebulosa y apenas se percató del laberinto de habitaciones que atravesaban. Al llegar a una estancia con grandes puertas, se quedó en la entrada mientras Leo avanzó hacia una persona que estaba sentada en una silla de madera tallada, junto a la ventana.

Cielos, ¿qué pasaba con aquel lugar? ¿Nadie le había dicho a los arquitectos que los castillos antiguos se suponía que eran oscuros y lúgubres?

Mareada, Amy se aferró al respaldo de otra silla para mantenerse en pie y esperó. A esas alturas, ya no le importaba la impresión que pudiera dar, así que se concentró en lo único que de verdad importaba: no vomitar.

Alcanzó a oír fragmentos de la conversación entre los dos hombres. No es que sirviera de mucho. Hablaban en italiano, lo cual era perfectamente natural y no formaba parte de ningún plan maquiavélico para hacerla sentir aún más aislada, pero el resultado era el mismo.

La parte buena era que la sala no era de grandes dimensiones como otras que había visto, aunque pretender que era acogedora

habría sido demasiado generoso.

Mientras miraba a la figura que estaba sentada en la silla que parecía un trono, el delicado lebrel italiano que bailoteaba a sus pies se separó de él y trotó hacia ella.

–Buena chica –susurró Amy, y bajó la mano para que el perro la olisqueara–. Me encantaría acariciarte, de verdad que sí, pero… –«Pero si me agacho ahora, las consecuencias podrían no ser bonitas», terminó la frase en su cabeza.

Sentía verdadera curiosidad por aquel hombre al que en su mente había convertido en un monstruo temible. Había imaginado que sería un hombre grande, pero, a diferencia de su nieto, era más bien pequeño, casi delicado; su cabello oscuro estaba surcado canas. La única similitud que alcanzaba a ver era la nariz aguileña.

Sus ojos parecían mucho más claros que los de Leo y estaban enmarcados por cejas pobladas, jaspeadas de gris. Se giraron hacia ella y la sorprendieron observándolo.

Chasqueó los dedos y el perro corrió a su lado, moviendo el rabo… ¿o quizá ese chasquido iba dirigido a ella?, se preguntó Amy.

–¡Chef!

Ella dio un respingo y entrecerró los ojos. Aunque él era un hombre relativamente pequeño, su voz era muy grave, y el volumen hizo que se intensificara su dolor de cabeza. Avanzó hacia ellos mientras la habitación le daba vueltas.

–La cena de anoche fue muy aceptable. Me marcho mañana y, antes de hacerlo, quería darle las gracias. Mi nieto es bastante misterioso y no quiere contarme dónde la encontró. –Miró a Leo y este arqueó una ceja.

Amy los observó tratando de recordar a qué le recordaba aquella escena…

–Son como dos espaldas plateadas –murmuró, sin ser consciente de que había pronunciado la observación en voz alta hasta que ambos hombres giraron la cabeza para mirarla.

En aquellos momentos no le importaba si les molestaba o no que los compararan con dos gorilas. Su prioridad era encontrar un baño.

–En realidad, ¿podría indicarme dónde…? –Con la mano apretada contra la boca, miró a su alrededor desesperada.

Leo pareció captar la situación con solo mirarla.

–Por aquí.

Desde fuera del baño, Leo escuchaba los sonidos provenientes del interior con cara de preocupación. Jamás había visto a nadie tan pálido como se había puesto Amy mientras la acompañó hasta el baño más cercano.

Al ver que disminuían los sonidos, abrió la puerta con cautela y se encontró con Amy sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Antes de agacharse a su lado, Leo cerró el grifo de agua. Vio que Amy había recuperado una pizca de color, pero, aun así, sintió cierta presión en el pecho, a pesar de que hacía tiempo que había controlado el sentimiento de protección que ella solía provocar en él.

En realidad, le había hecho un favor. Leo podía disfrutar del sexo sin ninguna conexión emocional. Porque no era el sexo lo peligroso, sino las emociones. Ese había sido un descubrimiento que le cambió la vida, y se lo debía a Amy.

–¿Estás bien?

«Náuseas matutinas», pensó Leo de pronto. No era posible que estuviera embarazada.

¿Y por qué no podría estarlo?

La idea de que Amy llevara en su vientre el hijo de otro hombre era algo que él no podía ni contemplar. Sabía que no era nada lógico y que tenía que ver con las emociones irracionales que él había desterrado de su vida.

De la misma forma en que Amy lo había desterrado a él. Sin embargo, él la había hecho regresar. Se había acostado con ella y, cuanto más contacto tenían, menos sentido tenían sus motivos para haberla llevado hasta allí. Se suponía que debía felicitarse por haber escapado de una criatura débil y sin carácter, convencido de que Amy mostraría su verdadero yo.

«Pues te está saliendo de maravilla», se burló de sí mismo.

Al ver que ella no contestaba, repitió la pregunta:

–¿Estás bien?

Amy apartó su mano de un manotazo. Para ser un hombre tan inteligente, a veces hacía preguntas extraordinariamente estúpidas.

–No.

–Puedes abrir los ojos?

–Poder puedo, pero no quiero –murmuró entre dientes–. ¿Puedes dejarme a solas con este potente dolor de cabeza y permitir que muera en paz?

Él resopló.

–No te vas a morir –le aseguró–. ¿Solo es un dolor de cabeza? –preguntó dubitativo.

–No, no es un dolor de cabeza, es una migraña. El dolor de cabeza a su lado es una suave brisa.

Al oír cómo Amy conseguía concentrar una increíble cantidad de agresividad y desprecio en un susurro, Leo sintió que algo doloroso se instalaba en su pecho. Tan frágil… y a la vez tan fuerte.

–Te llevaré a tu habitación. ¿Puedes caminar? Bueno, ya sé que puedes, pero no tienes por qué hacerlo.

–Pierdo el equilibrio.

–No hay problema. –Se inclinó para cargarla en brazos.

–No puedes llevarme en brazos –sollozó ella, apoyando la cabeza en su hombro. Entonces, descubrió otro aroma que no le provocaba náuseas, el de Leo.

–En realidad, sí puedo –contestó antes de atravesar un montón de pasillos laberínticos.

Tumbada en la cama y con la habitación a oscuras, Amy protestó cuando Leo le desató los cordones de las zapatillas. Después se acurrucó.

–El médico llegará enseguida.

–No necesito un médico. Solo necesito que te vayas.

–Eres una paciente terrible.

La ternura inesperada que había en su voz provocó que derramara unas lágrimas silenciosas, que recorrieron sus mejillas hasta perderse en la almohada.

–Ah, ya ha llegado. Te dejo a solas.

Ella deseó pedirle que no se fuera, pero consiguió no hacerlo. Al fin y al cabo, sabía que, para ella, Leo no significaba seguridad.

El médico fue muy amable con ella y no prolongó la consulta, haciéndole únicamente las preguntas necesarias.

Le puso una inyección para combatir las náuseas, el vómito y el dolor y le hizo una receta para que tuviera su medicación habitual por si volvía a padecer una migraña.

–Solo necesitas silencio. Y dormir.

Amy no esperaba quedarse dormida, sin embargo, en cuanto cerraron la puerta y se quedó sola, cayó en un sueño profundo.

Al despertar, se sintió aliviada al ver que su dolor de cabeza había disminuido mucho.

Amy se quejó al moverse y, al oírla, Leo se levantó de la silla y dejó a un lado su portátil. Al ver que intentaba incorporarse con torpeza, le dijo:

–No… déjame a mí. –Tras el tono de irritación se ocultaba su preocupación. Sabía que todo era absurdo, teniendo en cuenta que había hecho todo aquello por venganza. Su intención era hacerla sentir vulnerable e incómoda, pero jamás había pretendido torturarla. Aunque eso era lo que había vivido con ese nivel de dolor.

Por supuesto, ella podría haber admitido que se encontraba mal, pero, por lo que veía, la nueva Amy no admitía nada. Al menos, no ante él.

Leo había decidido no sentirse culpable, al fin y al cabo, Amy era la responsable de aquella situación por no confesar su debilidad y por no llevar consigo la medicación esencial.

¿No se le había ocurrido pensar que él tenía cosas mejores que hacer que montar guardia en la cabecera de su cama?

«Nadie te pidió que lo hicieras», replicó una vocecita en su cabeza. «Podrías haber delegado».

–Como si tuviera elección –murmuró Amy, dejándose caer contra la almohada–. Gracias, pero no soy una inválida.

–De nada –contestó él en tono burlón. La miró un instante y, al ver que tenía ojeras, sintió el instinto protector que pensaba que había superado nueve años antes y se enojó por ello.

Esa mujer había destrozado su corazón y lo había pisoteado sin remordimientos. ¿Por qué demonios deseaba protegerla?

–Entonces, ¿cómo te encuentras? –Sirvió agua en un vaso y se lo tendió.

Ella lo observó sin reaccionar.

–La ley laboral desaprueba que los empleados no estén hidratados.

Amy soltó un suspiro y tomó el vaso, porque tenía la boca y la garganta completamente secas.

Leo la observó mientras bebía ansiosamente.

–Despacio –le advirtió–, no querrás volver a vomitar.

El recordatorio hizo que ella apartara el vaso de sus labios y lo dejara sobre la mesilla.

–No voy a… –De pronto recordó lo sucedido aquella mañana. Menuda impresión habría dado–. Tu abuelo…

–Está agradecido de que no vomitaras sobre sus zapatos.

–Me alegra que te haga gracia. ¿No dijo eso de verdad?

–No. Os llevaréis bien; su sentido del humor también es un poco limitado. No te preocupes, ha decidido culparme a mí de todo el incidente. Y como yo no podía estar disponible para atenderlo como si fuera un criado, se ha marchado antes de tiempo. Nunca se queda mucho tiempo, en cualquier caso. Al principio le costó mucho soltar las riendas.

–¿De verdad está bien después de lo que pasó?

Leo suspiró resignado.

–En realidad, sugirió que te despidiera.

–¡Soy mejor cocinera de lo que tú mereces!

–Ha decidido que estás embarazada.

Amy no estaba preparada para eso.

–No lo estoy. Y como es improbable que vuelva a ver a tu abuelo, agradecería que se lo dijeras. Además, según la ley laboral no podrías despedirme aunque lo estuviera.

–Lo verás en la gala.

–No voy a dejar que me exhibas como si fuera el claro ejemplo de cómo han caído los poderosos.

Leo no contestó. Al cabo de unos instantes comentó:

–Es un amante de la buena comida y le encanta hablar de ella. Dice que, a su edad, la comida es mejor que el sexo. Por lo visto, es lo que me espera en el futuro. De momento, para mí la comida es solo combustible.

–¿Y el sexo? –Las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera detenerlas.

–El sexo es uno de los placeres de la vida. –Leo imaginaba que, para otro hombre, hacer el amor con Amy sería una necesidad básica, como respirar. Para otro hombre, por supuesto, porque él ya no estaba dispuesto a sentir lo suficiente como para salir herido.

Solo Leo era capaz de convertir una conversación sobre comida en una sobre sexo y conseguir que sonara completamente impersonal.

–Estás obsesionado –lo acusó ella.

–Quizá lo estemos los dos, y fuiste tú quien introdujo el tema. –La observó un momento–. Ya tienes mucho mejor aspecto, por fin tienes algo de color en la cara.

Ella lo fulminó con la mirada.

–¿Se puede saber por qué estás aquí dentro? –preguntó ella mientras bajaba las piernas de la cama.

–He venido a entregarte la medicación, tal como indicó tu médico. –Señaló un paquete pequeño que había sobre la mesilla–. Me ha dicho que, si se toman a tiempo, suelen detener el avance de la migraña.

–La mayoría de las veces.

–Tengo entendido que no trajiste tu medicación.

Ella lo miró, incapaz de enojarse. No podía soportar aquel tono paternalista, como si fuera una cría rebelde de seis años.

–Tuve que salir de casa bastante deprisa –Se mordió el labio inferior, pensando que de verdad parecía una niña de seis años.

Su hijo habría cumplido ocho años.

Ya habían pasado demasiados años como para hacer una gran revelación, y se alegraba, porque la idea de contárselo a Leo la aterrorizaba.

Aunque en una ocasión había intentado contárselo… Al descubrir que estaba embarazada, lo primero que hizo fue llamarlo, pero él bloqueó su llamada y todas las que ella le hizo después.

Así que Amy preparó la maleta y decidió ir tras él para decirle que iba a ser padre.

Pensar que aquello podía ser una buena idea era una muestra del pánico y la desesperación que sentía. No había pensado en un plan;

en realidad, no tenía ninguno. Había corrido hacia él impulsada por pura necesidad, como un ave mensajera más que como una persona en pleno uso de sus facultades.

Sin embargo, Leo nunca había sido su lugar seguro, aunque al tenerlo allí, cuidando de ella, no podía evitar preguntarse cómo habría sido su vida si lo hubiese sido.

La vida no había hecho que sufriera tanto para hacerle creer que una persona no podía ser su lugar seguro, la persona adecuada. No obstante, Amy había perdido la esperanza de encontrar a alguien adecuado para ella.

A medida que pasaba el tiempo, aquella posibilidad se volvía cada vez más remota. Además, su trabajo apenas dejaba tiempo para citas, y los hombres que la invitaban a salir solían querer utilizarla para avanzar en sus carreras profesionales, al menos cuando ella había tenido la capacidad de ayudarlos.

Sin embargo, ella había intentado hacer lo correcto. Había dejado una nota a sus padres, pidiéndoles que no se preocuparan y que seguirían en contacto. Ya estaba en un tren rumbo a Londres cuando comenzó a sentir calambres.

Logró regresar a casa antes de que sus padres encontraran la nota. Excepto el personal del hospital y la asistenta que halló la pulsera de identificación clínica tirada en su dormitorio, nadie se enteró.

–¿Estás bien?

Amy levantó la cabeza con cuidado y un mechón de pelo que se había salido de la trenza cayó sobre su frente.

–Estoy bien –dijo, rindiéndose con un suspiro mientras intentaba trenzarse el pelo. En lugar de seguir intentándolo, decidió quitarse las horquillas y las alineó en la mesilla antes de deslizar los dedos por la trenza deshecha,

–Si quieres que admita que estar a punto de vomitar sobre los zapatos de tu abuelo fue culpa mía, acepto –añadió mientras continuaba peinando su melena con los dedos.

–¿Por qué ya nunca lo llevas suelto?

–Trabajo en una cocina, así que es cuestión de higiene y seguridad. De hecho, me lo corté hace unos años, pero era más

trabajo mantenerlo…

–Tienes un cabello precioso. –Aquel comentario, unido al calor que desprendía su mirada, provocó que se le acelerara el corazón–. Recuerdo cuando te sentabas a horcajadas sobre mí y tu cabello me rozaba el pecho…

Amy dejó de respirar. Estaba temblando por dentro.

Ella recordaba llorar hasta quedarse dormida, noche tras noche, durante días, semanas, meses… Recordaba sentirse completamente desamparada, sin poder contar su secreto ni compartir su duelo con nadie. Porque no tenía a nadie con quien compartirlo.

Había deseado estar con Leo de forma desesperada y, al verlo allí, velando por ella, recordó lo mucho que lo había necesitado.

–Intento no revivir el pasado, Leo. –Resultaba demasiado doloroso–. Por eso nada de esto es una buena idea.

–No trato de revivir el pasado. Trato de vencer los fantasmas y disfrutar del presente.

Ella lo miró fijamente, fascinada por la simetría de su rostro. De pronto, él sonrió con brillo en la mirada y dijo:

–De hecho, creo que deberíamos disfrutarlo juntos.

Capítulo 9

Amy miró al frente. Apenas llegaba al hombro de Leo, así que tenía su torso justo delante. Recordó la fina capa de vello que cubría su piel y su vientre musculoso y deseó acariciárselo.

¡Era una locura! No era una persona especialmente sexual y, por lo general, no se dejaba llevar por las fantasías. Solo le había sucedido con Leo.

–Quieres decir en la cama, porque no estás interesado en mí de otra manera.

–Más bien pensaba en un paseo al aire fresco, pero…

Ella se sonrojó.

–Debería estar trabajando.

–Hoy no te espera nadie.

Le acarició la espalda y ella se estremeció. Leo miró el reloj que llevaba en la muñeca.

–Son las cinco y treinta y cuatro.

Ella respiró hondo para tratar de superar el impulso sexual que la había inmovilizado y lo miró a los ojos. Él era muy consciente de lo que provocaba en ella, y Amy deseaba escapar y esconderse.

–Tú también me haces perder el control, ya lo sabes. –Antes de que Amy pudiera responder, él se dirigió hacia la puerta y comentó–: Aun así, no me aprovecho de las mujeres que acaban de salir de la cama, enfermas. ¿Qué te parece si te aseas mientras pido que te suban algo de comer? Después iremos a explorar el terreno. A lo mejor te ayuda a recuperar el color de tus mejillas.

Amy sabía que estaba colorada por el deseo.

–No hace fata que hagas todo eso.

–No confío en ti. –Posó la mirada en sus labios.

–¿No confías en mí para qué?

–No confío en que no regreses a la cocina y te interpongas en el camino de los demás. Ya les he avisado de la situación.

–¿Quieres decir que ya saben que me has chantajeado?

–No, saben que nos acostamos.

Ella empalideció.

–¿Se supone que eso es una broma?

–¿Sería tan malo si se enteraran?

–¡Desde luego! ¡Y nos hemos acostado una sola vez!

–Queda mucho día por delante, pero quería decir que saben que no te encuentras bien.

–Eso no afectaría a la cocina, créeme.

–Sí, estoy seguro de ello. Eres dura y podrías trabajar enferma, pero he dejado claro que necesitas descansar y recuperarte.

–Eso parece abuso de poder.

Él se cruzó de brazos y suspiró.

–Interesante, teniendo en cuenta que se trata de un jefe que cuida del bienestar de sus empleados.

–Ya he descansado –repuso Amy.

–Creo que harán falta más de un par de horas para compensar el hecho de que hayas estado funcionando al límite del agotamiento durante semanas, o quizá meses…

–¿Me has traído aquí para que esté de vacaciones?

Leo se pasó la mano por el cabello.

–¡En este momento no sé por qué te he traído!

Amy seguía pestañeando de asombro cuando él salió y cerró la puerta.

Capítulo 10

Cuando Amy salió del baño vestida con ropa limpia, se fijó en que habían retirado la bandeja con sándwiches que una doncella le había llevado un rato antes.

Se sentía mucho mejor, aunque no quería reconocer que no era necesaria en la cocina.

Se sentó frente al espejo para ponerse lápiz de labios, pero cambió de opinión. No quería que pareciera que se esforzaba por tener mejor aspecto.

Nunca había querido ser como su madre, desesperada por complacer a un hombre. Ella solía levantarse temprano para maquillarse y que su marido no la viera al natural. Además, se gastaba un dineral en tratamientos de belleza para borrar las huellas que el paso del tiempo dejaba en su piel.

Amy se recogió el cabello en una trenza y, tras mirarse en el espejo, decidió ponerse un poco de sombra de ojos.

Al oír que llamaban a la puerta, respiró hondo y se acercó a abrir, convencida de que sabía quién iba a estar al otro lado.

–Estás… –Él la miró de arriba abajo y se fijó en la falda y el top que llevaba–. Estás mejor.

–Mejor que desaliñada no es un gran avance, pero lo acepto –comentó ella, balanceando la trenza sobre su espalda.

–Me gusta tu vestido de estilo años cincuenta.

–Gracias. –Salió al pasillo y cerró la puerta–. ¿Cómo es posible? –preguntó al contemplar la vista desde la ventana–. Se ve el mar desde aquí y desde la ventana del dormitorio. ¿No me he dado cuenta de que cruzamos un puente? No estamos en una isla, ¿verdad?

–No. Es una península. Vemos el mar Tirreno desde todos los puntos.

–Es un lugar increíble.

–Y muy diferente al estudio que tenía con vistas a la gasolinera.

Amy se volvió. No quería pensar en los momentos que habían compartido en aquel lugar desangelado. Había sido el único momento de su vida en el que había experimentado felicidad.

–Me sentará bien un poco de aire fresco.

–Por aquí. –Leo no comentó nada acerca de su tono desesperado.

La guio por el pasillo hasta que llegaron a un ascensor.

–Si quisieras salir de aquí, esta es la ruta más rápida. –No parecía afectado por la tensión que invadía el pequeño espacio.

Al abrirse las puertas aparecieron en un patio donde se podía oír el zumbido de las abejas revoloteando sobre las matas de lavanda y tomillo. Había un par de bancos de hierro junto a una fuente y las murallas del castillo rodeaban el espacio por tres lados, enmarcando una vista sobrecogedora. Había colinas llenas de césped y flores. Y, más a lo lejos, olivos. Entre las ramas, se veía lo que parecía la arena blanca de una playa y el agua del mar se confundía con el azul del cielo.

–Esto es precioso –comentó ella.

–Por aquí.

Al llegar a la zona de césped, Amy se volvió para contemplar el castillo y soltó una carcajada. Era maravilloso. A pesar de que la presencia del hombre que tenía a su lado no permitía que se relajara del todo.

De pronto, recordó el motivo por el que estaba allí.

Leo se sorprendió al oírla reír y le preguntó:

–¿Te gusta?

–Lo preguntas en broma, ¿no? Es precioso, Leo, y me alegro de que tengas esta casa tan bonita.

Él la miró asombrado, pero no vio nada más que pura sinceridad en su rostro.

–Debo estar viviendo un cuento de hadas.

–No creo en los cuentos de hadas ni en los finales felices –comentó él, y vio cómo desaparecía la expresión de felicidad del

rostro de Amy–. Por aquí.

Amy estaba en lo alto de una zona aterrazada y Leo, desde un nivel más bajo, le tendió la mano para ayudarla a bajar. Amy aceptó la ayuda y él entrelazó los dedos con los de ella antes de empezar a bajar.

–Hay bastante desnivel para…

–¿Para alguien que no podía mantenerse en pie?

–No he dicho eso.

–Lo pensabas –sonrió–. Me alegro de no llevar tacones –comentó ella, mientras avanzaban camino abajo–, esto es un camino de cabras.

–¿Quieres sentarte un rato? –preguntó él al llegar a un gazebo donde había un asiento tallado en la piedra.

–No, estoy bien. –Amy se fijó en el nombre que había grabado en la piedra–. Luisa Romano –leyó–. ¿Es tu madre?

Él asintió.

–Es muy bonito.

–Sencillo. No soy diseñador, pero me gusta trabajar con las manos. –Le mostró sus largos dedos.

Amy recordó lo que Leo podía hacer con aquellos dedos y se derritió por dentro.

–No sabía que podías ser modesto –comentó.

–Este fue uno de los momentos donde intenté que surgiera nuestro vínculo –añadió él, acariciando la superficie de piedra.

–¿Entre tu abuelo y tú?

–Lo intentamos, pero la historia hace que sea complicado.

Durante un instante, ella vio angustia en su mirada y sintió que se le encogía el corazón.

Él la miró y vio empatía en sus ojos. Aquella mujer mostraba sus emociones con tanta facilidad que podía llevar un cartel que dijera:

Soy sensible, aprovéchate de mí.

Algo que él estaba haciendo.

–Quizá sí me siente bien descansar un rato –murmuró ella, sentándose en el banco de piedra, todavía caliente por el sol.

Al cabo de unos instantes, Leo se sentó a su lado.

–Parece que ambos habéis hecho un gran esfuerzo –comentó ella.

–No hay un océano entre nosotros, pero no me gustaría atravesarlo a nado –comentó él mientras trataba de dilucidar por qué diablos había invitado a Amy a dar un paseo.

–¿Eres buen nadador? –Lo miró de reojo.

Leo volvió el rostro hacia ella y la miró a los ojos.

–He mejorado desde que estoy aquí. El mar, la piscina… La oportunidad perfecta para mejorar la técnica y la resistencia. Creo que he mejorado mucho durante los años.

Ella captó el mensaje y se estremeció. Negó con la cabeza y trató de que no se le acelerara el corazón. Metió las manos temblorosas en los bolsillos de la falda y se puso en pie.

–Una buena manera de cambiar de tema.

Él se puso en pie también y la diferencia de alturas la dejó en desventaja.

–Parece que te ha afectado. ¿O vas a decir que eso es culpa de la temperatura? –comentó, mirando sus senos fijamente.

Amy era consciente de que tenía los pezones turgentes.

–¿Se te ha ocurrido pensar, Amy, que no eres la mejor persona para dar consejos sobre temas familiares?

–No te daba consejos. Intentaba averiguar por qué eres tan bastardo.

–Me he formado yo mismo, aunque, por supuesto, me han ayudado un poco por el camino.

Ella se encogió de hombros y avanzó hasta una zona soleada.

–Probablemente serías más feliz si superaras el pasado. –Comenzó a descender por las terrazas, consciente de que él la seguía a poca distancia.

Leo le había arruinado el placer de disfrutar de aquel bello entorno.

Él la alcanzó al llegar al olivar.

–Ese camino lleva a la playa… ¿o prefieres regresar?

Amy se sentía indecisa. Por un lado, quería ver el mar y, por otro, no deseaba pasar más tiempo en su compañía.

Al ver que ella no tomaba una decisión, Leo comentó:

–Decidiré yo. Iremos a la playa. –Le mostró el camino que salía por la izquierda.

Al cabo de un momento, ella se detuvo junto a los árboles.

–¿Producís aceite de oliva?

–Si, pero esta zona ya no es productiva. Tenemos más olivos al sur de las colinas. Esta zona está un poco abandonada puesto que los arbustos salvajes la han invadido.

–Son bonitas.

–Resulta difícil controlarlas sin emplear herbicidas. Y su uso tiene sus propias complicaciones. Se trata de la sostenibilidad y la salud de la tierra.

Ella frunció el ceño y gesticuló para espantar a un insecto que revoloteaba por allí.

–No me imaginaba que te interesara tanto la finca. Pensé que solo te interesaba…

–¿El dinero? –sonrió–. ¿Te has puesto repelente?

–No pensé que lo necesitaría.

–Pue sí.

–Creo que les gusto –admitió ella, moviendo los brazos.

–Vamos.

Caminaron deprisa y llegaron a la playa. La arena era blanca y el sol se reflejaba en el agua azul.

–Esto es increíble –comentó ella con una sonrisa.

–Quítate los zapatos. La arena se mete por todos sitios.

Leo ya se los había quitado. Estaba de pie, con aquellos pantalones cortos y en camiseta, perfectamente adaptado a aquel lugar.

–Debería haberme traído el bañador –comentó ella.

–No te hace falta. No hay nadie por aquí.

–Tú estás aquí.

–Puedo camuflarme en el entorno.

Ella soltó una carcajada. La idea de que Leo se camuflara en el entorno, en cualquier circunstancia, era lo más divertido que había oído nunca.

Él la observó mientras se secaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

–¿Amy?

Ella se cubrió la mano con la boca para dejar de reírse y respiró hondo.

–Podría ser peor. Podría estar llorando.

Él sintió que la empatía trataba de liberarse en su interior y la ignoró. No estaba preparado para aceptar los sentimientos que Amy provocaba en él.

–¿Esperas que diga algo empático?

Ella contuvo una carcajada.

–No lo hagas, o empezaré a reír otra vez. Es la migraña, puede dejarme un poco…

«Alocada».

«Muerta de deseo».

«Hecha un lío».

–Regresemos a la casa.

–Al castillo –lo corrigió–. Y puedo volver yo sola.

–Dame fuerzas –suplicó él. Decidió que las necesitaría al ver cómo contoneaba las caderas al caminar por la arena.

La había llevado hasta allí con ansia de venganza, sin imaginar que acabaría atrapado con una bomba sexual.

«Ya lo sabías, Leo», le dijo una vocecita interior.

Ella ya lo había herido en una ocasión. Y solo un idiota la invitaría a hacerlo por segunda vez. Él no era idiota.

–No me estaba ofreciendo a llevarte en brazos, *cara*. Una vez al día es suficiente. Eres más dura de lo que pareces.

Decidida a no darle la satisfacción de obtener respuesta a su comentario, Amy frunció los labios y comenzó a caminar.

Avanzaron en silencio y, cuando Amy miró a Leo en un par de ocasiones, decidió que estaba inmerso en sus pensamientos.

–¿Serás capaz de encontrar el camino hasta tu habitación? –preguntó él cuando llegaron a la puerta.

–Por supuesto –contestó ella con falsa seguridad–. Gracias por la visita.

–Apenas hemos visto una parte, pero le pediré a alguien que te haga la visita completa dentro de poco.

«A alguien», pensó ella. Había captado el mensaje y se alegraba de ello.

–Pensamos que preferirías cenar en tu habitación. –Amy sabía que había sido su decisión, pero no dijo nada–. Ah, y las luces del camino que van a la playa están fuera de servicio, así que, si decides salir a tomar el aire por la noche, quédate por la zona del castillo. El jardín de la cocina está por ahí, y la piscina y las pistas de tenis un poco más adelante.

Amy asintió con la cabeza y traspasó la puerta sin mirar atrás.

Cuando le llevaron la cena, Amy agarró la bandeja y salió al pasillo con la doncella.

–Creo que prefiero comer acompañada en la cocina.

Su presencia fue bien recibida entre sus compañeros, y Amy se alegró.

–Me estaba volviendo loca hablando conmigo misma.

Había menos personal que el día anterior y, cuando se sentó a cenar en un taburete, varios empleados se acercaron a ella a darle conversación. Por primera vez desde que había llegado allí, Amy se sintió relajada.

De vez en cuando miraba hacia la puerta, preguntándose qué diría Leo cuando viera que estaba allí.

Amy se disponía a llevar la bandeja hasta el lavavajillas y alguien se la retiró de la mano. Ella no protestó y agradeció el gesto.

¿Lo habría agradecido si hubiese sido Leo el que hubiera hecho lo mismo? La pregunta rondó en su cabeza hasta que regresó a su dormitorio y decidió que no era lo que él le decía, sino cómo se lo decía.

Mientras se acostaba, decidió que cuando lo viera la próxima vez se lo diría. Nada más apoyar la cabeza en la almohada, se quedó dormida.

Al día siguiente no vio a Leo en todo el día. Él no la llamó ni apareció por la cocina y, por tanto, Amy estuvo bastante relajada y productiva.

La cena que prepararon parecía una obra de arte y estaba deliciosa. Eran las ventajas de ser perfeccionista.

Durante todo el día, Amy estuvo pensando en la maravillosa playa que había visitado y decidió ir hasta allí. Los días eran largos y regresaría al castillo antes de que oscureciera.

Pensó que quizá se encontraría con alguien por el camino, pero el lugar estaba desierto y en silencio, excepto por el ruido de un helicóptero que sobrevolaba la zona y que, probablemente, se disponía a aterrizar en el mismo punto donde ella había aterrizado.

¿Llegarían más invitados a los que darles de comer? Gracias a los rumores de cocina, Amy se había enterado de que Leo nunca llevaba al castillo a sus amigas cercanas. Al parece, tenía la vida perfectamente compartimentada.

Al llegar a la playa, Amy contempló la vista unos instantes. Se quitó la ropa y la dejó sobre la bolsa donde llevaba una toalla y un libro.

La arena estaba caliente bajo sus pies.

Corrió hasta el agua y se sumergió en ella. Al cabo de un momento sintió que su cuerpo se relajaba, tumbada en el agua con los ojos cerrados.

Cuando los abrió, se dio cuenta de que estaba mucho más lejos de lo que esperaba y comenzó a nadar hasta la orilla. Le costó mucho más esfuerzo del que suponía, pero por fin llegó a la arena y salió del agua.

Extendió la toalla y se tumbó en ella, agotada y con la respiración acelerada. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Al despertar, sintió que la temperatura había bajado y miró a su alrededor. Era oscuro y la luna iluminaba el agua del mar. Además, había subido la marea y estaba a punto de mojarse otra vez.

Sacó el teléfono de la bolsa y, al ver la hora, se quedó boquiabierta. Era casi medianoche. Se puso en pie y se vistió rápidamente. Se colgó la bolsa al hombro y se dirigió hacia los árboles. De no haber sido por la luna y por la luz del teléfono habría estado completamente oscuro. De noche, el olivar resultaba intimidante. Con el corazón acelerado, comenzó a correr y no se detuvo hasta llegar a la terraza de más abajo.

Al llegar allí percibió el aroma de las rosas. Ya estaba a tan solo cientos de metros del castillo, donde había varias personas. Cuando

llegó al tercer nivel, vio la luz del castillo y se relajó. Incluso se tomó unos instantes para contemplar el emblemático edificio.

Capítulo 11

No puedo decidir si eres cabezota o estúpida!

Amy gritó y se giró con el puño en alto para enfrentarse al hombre que acababa de salir de entre las sombras y la iluminaba con una potente luz.

–¿Qué haces? ¡Me has dado un susto de muerte!

–¿Que qué hago?

–¡Quita esa luz de mis ojos!

Leo apagó la luz y todo se volvió oscuro. Para compensar la falta de visión, Amy agudizó otros sentidos y no pudo evitar percibir el aroma masculino que se desprendía del cuerpo de Leo.

La oscuridad era peligrosa. En ella, la gente hacía cosas que no se atrevía a hacer a plena luz del día.

–Te dije que estaba prohibido salir a esta zona hasta que arreglen la iluminación.

–No hay ningún problema con la luz, el lugar está iluminado como un árbol de Navidad –dijo señalando al castillo. En ese momento, se apagaron las luces.

–¿Decías…?

–Alguien ha apagado las luces.

–Son automáticas. Es nuestra contribución para erradicar la contaminación lumínica.

–Pero sois casi autosuficientes…

–La contaminación lumínica no trata solo de energía, tiene que ver con los efectos adversos que tiene sobre el entorno natural, los animales, los pájaros e insectos.

–Bueno, no estaba a oscuras. Tenía mi teléfono.

–¿Consideras eso una linterna? –Apuntó a su cara con el potente haz de luz que llevaba él en la mano.

–¡Para! –exclamó ella, cubriéndose la cara antes de darse la vuelta–. Mira lo que me has hecho hacer –añadió al ver que se le había caído el contenido de la bolsa y se arrodilló.

Leo agarró la novela que se había caído entre los arbustos y leyó el título.

–Así que te gustan las historias con final feliz –comentó divertido–. Leer en la oscuridad es algo muy inteligente.

–No era oscuro cuando salí del castillo –contestó ella–. Me quedé dormida de día y cuando desperté ya había oscurecido. –Se incorporó y se apoyó en algo para recuperar el equilibrio. Entonces se dio cuenta de que era el banco de piedra que había tallado en recuerdo de su madre. Miró a Leo y le dijo–: ¡Lo siento! Te he molestado… Estabas…

–Vamos, te acompañaré de regreso a tu habitación.

–No, estoy bien. Yo…

–Por una vez en la vida, ¡no discutas!

–De acuerdo, de acuerdo, no hace falta que gruñas.

–No todos fuimos *boy scouts*.

Él se rio.

–Yo tampoco fui *boy scout*. Nunca me han gustado los equipos. Aunque la banda del barrio me ayudó a convencerme de ello.

–¿Una banda?

–Los chicos jóvenes son como animales de carga, y yo no me crie en un suburbio próspero.

Amy se quedó sorprendida al oír cómo había sido su infancia. No sabía nada acerca de cómo había sido su vida antes de conocerlo, y él nunca había mencionado nada. Sabía que había vivido en varias casas de acogida y que había dejado los estudios a pesar de que era muy inteligente.

Cuando llegaron a la zona de césped, ella dijo:

–Ya puedo continuar. Y lo siento, de veras no pretendía estar fuera en la oscuridad.

–Voy por el mismo camino que tú.

–¿No ibas a nadar?

–Puede que vaya a la piscina más tarde, y la próxima vez que decidas darte un baño desnuda a mitad de noche, usa la piscina.

–No estaba desnuda. Llevo traje de baño y…

–¿Qué?

–La gente podría verme en la piscina.

–¿Y eso supone un problema?

–Bueno, han hecho un par de comentarios, nada malo ni nada, pero normalmente los empleados no se alojan donde yo me alojo y tampoco tienen acceso a la piscina ni a las pistas de tenis. No quiero que nadie saque conclusiones equivocadas –terminó, agradeciendo que la oscuridad ocultara sus mejillas sonrojadas.

–¿Conclusiones equivocadas?

–Ya sabes a qué me refiero.

–¿Por eso estás tan gruñona? Nunca había sido el sucio secreto de alguien.

–No tengo nada que guardar en secreto. Sé que no estaré aquí mucho tiempo, pero es difícil trabajar en equipo si… No quiero que me hagan preguntas extrañas, eso es todo.

–Quédate quieta.

Ella se detuvo y notó que él la sujetaba por el hombro.

–Has estado a punto de meterte en una charca.

–¿Cómo lo sabes?

–Tengo una excelente visión nocturna.

–Por supuesto.

Él se rio.

–Ya está. –Tiró de ella hacia un lado–. ¿Tú quieres tener uno?

–¿Un qué?

–¿Un secreto?

–¿Estás usando un código para algo?

–Sabes a qué me refiero, pero te lo explicaré para que no haya malentendidos. Las fantasías no son suficiente. Una única vez no ha sido suficiente. Ayer me mantuve alejado por tu migraña, pero hoy te lo voy a preguntar. Amy, ¿quieres acostarte conmigo?

–Sí.

Él respiró hondo varias veces.

–No tienes ni idea de cuánto me alegra tu respuesta. Tenemos que terminar lo que comenzamos hace diez años. No tiene por qué ser complicado. De hecho, es muy sencillo.

–No es tan sencillo –susurró ella.

«Es peligroso, porque me estoy enamorando de ti otra vez. Es posible que nunca dejara de quererte».

Leo la abrazó y ella sintió su miembro erecto antes de que él la sujetara por el trasero.

Amy suspiró.

–Me haces sufrir, Leo.

–Creo que podemos hacer algo por ese sufrimiento, ¿no crees? –Comenzó a besuquearla.

–Yo… –El resto de palabras se perdieron en un beso.

Amy lo besó con desesperación y metió la mano bajo su camiseta para acariciarle la piel.

–¿Esto es verdad? –preguntó ella, al oír que él pronunciaba un quejido.

–¿Te parece real, *cara*?

–Muy real –contestó ella.

Estaban avanzando, pero Amy no sabía hacia dónde. De pronto vio la luz de la piscina y se situó.

–No voy a llegar a la cama –dijo él.

–No te disculpes –murmuró ella.

Sin dejar de besarla, él tiró al suelo los cojines de una de las tumbonas y colocó a Amy sobre ellos. Se quitó la camiseta y ella apoyó las manos sobre sus hombros para besarle el torso. Al llegar a la cinturilla de sus pantalones, se incorporó y metió las manos provocando que él gimiera.

Él la sujetó y la miró a los ojos.

–Esto no será solo sexo, *cara.* Será sexo por todo lo alto.

Ella alzó la barbilla y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

–¡Demuéstramelo!

Él la tumbó de nuevo y, antes de colocarse sobre ella, se quitó los pantalones. Amy siempre asociaría el aroma de jazmín a su cuerpo desnudo y excitado, la pura imagen de la virilidad.

Leo le retiró la falda y el top. Después el bañador. Momentos más tarde, comenzó a besarla y a acariciarla. De pronto, se detuvo un instante y preguntó:

–¿Preservativo?

–Tienes razón, se nota que no fuiste *boy scout*.

–Podré solucionarlo.

–¡Te quiero dentro de mí! –Le mordisqueó el labio.

–Espera, deja que mire… –Sacó la cartera de su camisa y sonrió triunfante, mostrándole un paquetito plateado.

Amy sonrió y se lo quitó de las manos.

–Déjame.

Ella lo acarició despacio y fue bajando por su cuerpo. Cuando le sujetó el miembro, Leo estaba nervioso y levantó la cabeza.

–¡Hazlo!

Ella obedeció y se colocó de rodillas sobre él, esperando a que la reclamara.

No se hizo esperar. Segundos más tarde, en el interior de su cuerpo, él comenzó a moverse.

Cada movimiento resultaba más placentero y tortuoso que el anterior. La tensión fue aumentando hasta que llegaron al orgasmo con los cuerpos entrelazados.

Él se retiró con una sonrisa.

–Bruja –le dijo, acariciándole el cabello.

–Eso ha sido…

–El sexo no debería ser complicado.

–No lo es –admitió ella. «El amor es complicado».

–¿Quieres que vayamos a la cama? ¿O te apetece darte un baño en la piscina?

–En otra ocasión, quizá.

Acabaron en la cama de Amy e hicieron el amor por segunda vez. De manera más suave, menos precipitada, con más cariño, pero de manera intensa.

Para Leo, el sexo no implicaba permanecer más tiempo juntos después. Así que, mientras permanecía allí tumbado en penumbra,

conversando con Amy acerca de la relación con su abuelo, se percató de lo que estaba ocurriendo.

Estaba rompiendo todas las reglas que había establecido a lo largo de los años por una razón muy concreta: el sexo debía mantenerse alejado de cualquier implicación emocional.

Amy notó que se distanciaba y malinterpretó el motivo.

–Está bien, lo entiendo. Es difícil. La familia es tan complicada… Ojalá hubiera tenido más relación con mi madre antes de que se pusiera enferma.

Leo estaba a punto de girarse para darle la espalda, pero hubo algo en su voz que hizo que se quedara quieto, escuchando su voz suave en la oscuridad.

–Los médicos dijeron que yo no fui responsable del primer infarto. Que ella había nacido con un defecto genético.

Él se volvió para mirarla de frente.

–Y ¿por qué ibas a sentirte responsable del infarto de tu madre?

–No estoy… no estaba…

–¿Amy?

El tono de su voz no admitía evasivas, y ella suspiró. Probablemente ya era hora de contárselo.

–Tuvo su primer infarto cuando les dije que iba a marcharme contigo. Papá me dijo que casi la había matado.

–¿Fue entonces cuando me alejaste de ti? –preguntó él con tensión en la voz.

–Acabábamos de volver del hospital. Mamá me hizo prometer que me quedaría. Te quería tanto, Leo… pero ella había estado a punto de morir.

Con una mano cubriéndose los ojos, Leo se dejó caer sobre la cama.

Durante los últimos nueve años había vivido con la certeza de que ella lo había rechazado, de que jamás lo había amado de verdad… Pero la verdad era infinitamente más compleja. Y, al final, su venganza había sido castigarla por algo que siempre había estado fuera de su control.

Se quedó ahí, aturdido y con el corazón encogido.

–¿Por qué no me lo dijiste? –preguntó con voz ronca. Recordaba a Amy años atrás, en el umbral de aquella puerta y con lágrimas en los ojos.

–No… no tenía sentido. No habría cambiado nada. Y mira, tampoco salió tan mal. Si me hubiera ido contigo, lo más probable es que ahora nos odiáramos. En cambio, estamos disfrutando del sexo.

–¿Sexo? –repitió él, con un matiz extraño en la voz.

–No te preocupes, sé que no quieres nada más. Sé que solo es sexo y que no durará, pero incluso tú debes admitir que es absolutamente hermoso.

Estaba diciendo exactamente lo que se suponía que él quería oír, así que ¿por qué sentía una punzada de desazón al escucharla describir así la relación perfecta para él?

Leo se quedó en silencio y ella sospechó que había estropeado algo, que él había descubierto que ella aún lo amaba. Que nunca había dejado de amarlo. Y si pronunciaban esas palabras en voz alta, aquello se acabaría. Así que, aunque no tuvieran futuro, pensaba disfrutar del presente hasta el último momento.

–Sí, mucho –dijo él al fin, con voz áspera.

Ella suspiró aliviada. De pronto se sentía más ligera tras habérselo contado, aunque, por supuesto, aún no le había contado todos sus secretos.

El secreto final todavía resultaba demasiado doloroso para compartirlo.

Capítulo 12

Amy despertó y recordó que el otro lado de la cama estaba vacío. Leo llevaba dos días fuera, pero regresaría esa tarde, a tiempo para la gala.

Desperezándose, se fijó en el vestido escarlata que estaba colgado detrás de la puerta, cubierto con una funda con el nombre del diseñador en letras doradas. Era el vestido que se pondría para la gala y Leo se lo había entregado justo antes de marcharse.

Cuando sonó el teléfono, Amy lo agarró y frunció el ceño al ver quién la llamaba. Hablaría con Ben más tarde. La semana anterior él ya le había propuesto la posibilidad de que vendiera su parte de Gourmet Gypsy. El sustituto que habían contratado, que había resultado ser excelente y hasta había aumentado los beneficios, estaba interesado en comprar su participación.

Amy estaba confundida. La camioneta era su proyecto, aunque siempre había sido un puente temporal hacia algo mejor.

Nunca había contemplado quedarse a vivir en un castillo toscano, convertida en la amante del hombre más deslumbrante del mundo.

Leo ya le había sugerido que se quedara después de la gala, que su acuerdo podría volverse indefinido, pero ella aún no había dado una respuesta.

Lo adoraba. Lo amaba, pero sabía que cuanto más tiempo permaneciera allí, más le destrozaría el corazón. Al fin y al cabo, Leo no podía ofrecerle nada más que sexo.

Decidió que tomaría la decisión más tarde, y se dirigió al baño. De camino, acarició la tela del vestido. Leo regresaría más tarde y, por el momento, eso era suficiente.

Era por la tarde y Amy estaba sola en la cocina cuando se abrió la puerta. Levantó la vista pensando que podía ser Leo, y se desilusionó al ver a un hombre que llegaba con un pedido.

Leo le había enviado un mensaje al llegar, para comprobar que ella pudiera acudir a su encuentro. Estos solían ser en la playa, a veces junto a la piscina, donde habían hecho el amor la segunda vez. La mayoría de las veces quedaban muy tarde por la noche o muy temprano por la mañana, antes de que él se escabullera de su habitación bajo la protección de la oscuridad.

En ese momento, varios empleados de cocina salieron de la sala donde habían ido a tomarse un respiro.

–¿Has visto esta lista, Amy? ¡Será mejor que a esta mujer le sirvamos aire fresco! –exclamó Jamie, la joven cocinera.

Amy entrecerró los ojos hacia la *tablet* que Jamie desplazaba con el dedo.

–¿Muchas alergias? –preguntó, intrigada por el tono irritado.

–Alergias, lo entiendo. Intolerancias, también. Opciones veganas, sin problema, soy vegana. Contar calorías por plato, bueno, lo acepto. Pero ¿has visto la lista de combinaciones prohibidas? ¡Esto no es una dieta, es una camisa de fuerza para cualquier chef! Vamos a necesitar mucha creatividad.

Amy comprendía la frustración, pero optó por un tono tranquilizador.

–Sí, es un margen mínimo, pero…

–Pero más vale que vayas acostumbrándote, Jamie –intervino la cocinera que estaba en el puesto más cercano–, porque esa señora será nuestra nueva jefa.

–Con suerte no pasará demasiado tiempo aquí –murmuró Jamie, cruzando los dedos antes de volver a la pantalla–. ¿Crees que lo anunciarán esta noche? –añadió con desaliento–. Supongo que podríamos…

Sus palabras se convirtieron en un zumbido en la cabeza de Amy.

–¿Nuestra nueva jefa? –repitió intentando parecer natural.

–¿No te has enterado? –preguntó alguien al otro lado de la cocina, sorprendido.

–Parece que esta vez va en serio. Al parecer llevan comprometidos en secreto desde hace meses. Se llama Sophia.

–Pero aún no tienen anillo –intervino Jamie, tecleando notas con el ceño fruncido–. Y ese periódico es el mismo que publicó un artículo diciendo que la reina, la antigua reina, seguía viva. Amy, ¿para tu receta de calamar, usas…?

Amy enumeró los ingredientes de forma automática.

–¿Así que Leo está comprometido?

Alguien soltó una carcajada.

–¿No sigues las redes sociales?

–Sigo a algunas personas.

–Todas relacionadas con la comida, ¿verdad?… Ahí fuera hay todo un mundo diferente.

–De bilis, chismes y rumores. Déjala en paz.

Amy no tenía idea de cómo sobrevivió al resto de la mañana. En piloto automático, delegó la coordinación del personal que habían traído para la gala y luego esperó a que llegaran las dos horas que tenía marcadas para el descanso. Supuestamente, las emplearía para encontrarse con Leo.

Se dedicó a cortar y picar ingredientes como si su vida dependiera de ello. No tenía ni idea de quién era esa mujer, pero ya la odiaba. Aunque no tanto como odiaba a Leo y a sí misma. No necesariamente en ese orden.

Él no le había prometido nada, pero ella confiaba en que aquello significara algo más que sexo para él. Y, mientras tanto, él había estado planificando su vida con otra mujer.

Amy caminó por los olivares que bordeaban la playa, agradeciendo que hubiera sombra. Cuando llegó a la arena, se quitó las sandalias. Llegaba pronto a la cita, pero Leo ya estaba allí, mirado al mar.

Una voz en su cabeza le sugirió que se detuviera, que pusiera en orden sus pensamientos, pero la furia había tomado el control.

Leo tenía el pelo alborotado, la camiseta negra, metida en unos vaqueros cortos y descoloridos. Descalzo, miraba al horizonte.

Como si hubiese sentido su presencia, se volvió cuando ella aún estaba a quince metros de distancia y observó cómo se acercaba.

Amy se detuvo a pocos pasos. Llevaba el cabello suelto porque sabía que a él le gustaba y, a pesar de todo, deseaba que le dijera que era hermosa una vez más.

–¿Es cierto que estás comprometido con una tal Sophia?

Leo puso expresión de sorpresa y después de enfado.

–¿Qué relevancia tiene eso?

–¿Cómo puedes preguntarme eso? –resopló ella.

–Ya has visto que puedo –señaló él, con calma irritante.

Amy frunció el ceño y lo fulminó con la mirada.

–No me acuesto con hombres casados.

–No estoy casado.

–Pero ¿estás comprometido?

Una vez hecha la pregunta, no había marcha atrás. No podía fingir nada. Sintió cómo un puño helado le apretaba el estómago. Deseaba que él lo negara, o que se riera de semejante idea.

No lo hizo. Y algo dentro de ella se quebró.

–¿Puedo saber de dónde has sacado esa información?

–Al parecer, todo el mundo lo sabe. Excepto yo.

La humillación le supo amarga.

–Toda la cocina habla de ello, de ella…

Ella misma se sorprendió al oír el veneno en su voz. No podía evitar recordar las imágenes de la invitada de honor en la gala, la protagonista de sus recientes búsquedas furtivas en internet.

La pareja perfecta para el heredero Romano… Todos los hombres con los que había salido eran ricos y famosos, y ninguno hablaba mal de ella. La compañera perfecta para Leo.

–Estás celosa.

Amy apretó los puños.

–Madura, Leo. ¡No me importa con quién te cases! Puedes tener un harén si te da la gana. Lo que me importa es no haber recibido la información necesaria para tomar una decisión consciente. Puede

que no te importe engañar a otros, pero yo sí tengo principios, ¡maldito bastardo!

–Pensé que eras más lista como para creerte los rumores.

–¡Ni se te ocurra tratarme con condescendencia, Leo!

Él dio un paso adelante y la agarró por las muñecas.

–¿Te das cuenta de que se supone que voy a casarme con, al menos, tres mujeres cada mes?

–La modestia es uno de tus encantos.

Leo acarició la tela del kimono de seda que ella llevaba sobre el bikini.

–Es nuevo. Me gusta, pero te prefiero sin él…

El sonido que provocó la mano de Amy contra la mejilla de Leo fue estremecedor.

–¡Oh, cielos! No debería… ¡Me haces enfadar! ¿Cómo se te ocurre insinuarte en estos momentos? Nunca había pegado a nadie en mi vida. Estoy avergonzada…

Él le agarró la mano y se la besó, mirándola a los ojos.

–Siento haberte alterado, *cara*. Admito que me he comportado como un bastardo.

–Aun así, no debería haberlo hecho.

–Tus palabras hacen más daño que tu bofetada. Apenas me has tocado. –Respiró hondo–. Debería ser inmune a los rumores. Soy inmune. Normalmente ignoro las mentiras que escriben sobre mí. Sé que buscan todo tipo de información privada sobre mí. No me importa lo que piensen los desconocidos.

Aunque sí le importaba lo que Amy pensara de él.

–Yo no soy una desconocida.

–No, no lo eres. Y no debería haber reaccionado así. No estoy comprometido, ni con Sophia ni con nadie. A pesar de que mi abuelo trata de emparejarme continuamente, sigo soltero. ¿Me crees?

–Te creo –repuso ella–. Imagino que es normal que tu abuelo quiera un heredero… Sé que nosotros no somos… bueno, que solo compartimos sexo. Lo sé, pero la honestidad es importante para mí y hay ciertos límites que no estoy dispuesta a traspasar.

–Sophia va a venir a la gala –dijo él.

Ella clavó los dedos de los pies sobre la arena mojada.

–Lo sé, y que yo esté aquí me parece un ejercicio de humillación. –Contuvo las lágrimas–. ¿Se suponía que ella iba a formar parte de la gala? No sabes lo estúpida que me siento.

–¿Tú? ¿Y cómo crees que me siento yo?

Ella dio un paso atrás.

–¿Crees que todo está saliendo como esperaba? Hace nueve años me sentía más feliz que nunca. Entonces te alejaste de mi lado. Quizá fuera para bien. Antes de que mi abuelo me encontrara, ya había descubierto que tenía talento y capacidad para ganar dinero. Al principio solo era para demostrároslo, a ti y a tu familia. Después descubrí que era muy bueno haciendo cosas novedosas.

–Y ganando más dinero.

Él asintió y se encogió de hombros.

–Sí. Verte me recuerda todas mis debilidades a la idea que tenía acerca de cómo era mi vida.

–¿Crees que soy una debilidad?

–Creo que eres mi némesis. –Respiró hondo–. Tienes un cuerpo tentador. Y yo no soy un santo. –Sonrió antes de sujetarla por la cintura y atraerla hacia sí–. No importa lo que yo diga, mi cuerpo me traiciona –se rio–. Igual que el tuyo. Puedo oler tu excitación.

Ella gimió y él la besó de forma apasionada. Se alejaron de la orilla y se tumbaron en la arena antes de empezar a desvestirse.

–Lo siento, te estoy aplastando.

–No… Me gusta.

–Esto es… –dijo él.

«Solo sexo», pensó ella.

–¿Qué te pasa? –preguntó Leo.

Ella negó con la cabeza y le acarició el rostro con un dedo. Después arqueó el cuerpo para incrementar el contacto con él.

Leo le agarró la mano y capturó uno de sus dedos con la boca. Después la besó de nuevo y le acarició el cuerpo.

–Separa las piernas –ordenó.

Ella gimió con nostalgia y él se adentró en el calor de su cuerpo. Amy echó la cabeza hacia atrás y empezó a moverse al mismo ritmo que él, cada vez más deprisa, hasta que juntos alcanzaron el orgasmo.

Permanecieron tumbados en la arena con la respiración agitada.

–No te muevas –le suplicó ella, al ver que se iba a retirar.

Él la besó en la mejilla.

–Tengo que hacerlo. Antes de la fiesta damos una copa con algunos invitados, y mi abuelo ya ha llegado.

Se puso en pie y ella suspiró.

–Y supongo que yo tengo que regresar al trabajo –dijo ella.

Leo se estaba abrochando el pantalón corto cuando se detuvo un instante.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–Lo siento si te he hecho daño.

Ella deseó abrazarlo.

–No soy tan delicada.

Él asintió. El deseo nunca se había apoderado de él de esa manera.

–No me has hecho daño, pero ¿a lo mejor yo a ti sí? –Ella se levantó y le acarició las marcas que tenía en la espalda–. Creo que no te he hecho herida.

–Mi linda gatita. –La abrazó y la besó de forma apasionada.

–Eres tú el que ronronea… –Se volvió para buscar la parte de abajo del bikini–. ¿Y mi…?

Leo se la entregó y la observó mientras se la ponía.

–Solo para que lo sepas, Sophia estará en la copa que damos antes de la fiesta.

Amy sintió una fuerte presión en el pecho.

Se hizo un silencio.

–Escucha, Amy, yo…

–¿Esto es un tipo de prueba?

–Por supuesto que no.

–Entonces, ¿para qué me lo dices?

–Cielos, nunca lo hago bien. Querías que compartiera más contigo.

–¿Y a eso lo llamas compartir? Restregándome que estarás arriba con Sophia mientras yo estaré en la cocina preparándole la cena. La verdad, prefiero estar en la cocina.

–Sí, sé que allí eres la reina. En cuanto a Sophia… Nunca hemos sido amantes. No soy su tipo.

–Entonces…

–Ella está enamorada de otra persona… Bueno, no me corresponde contarlo, pero te diré que pretende que esa persona…

–¿Se ponga celosa?

–Más bien que se dé cuenta de que no estará esperándolo para siempre. Bueno, esa es mi teoría. No voy a implicarme. He aceptado no decir nada, además, así mi abuelo me dejará en paz unos días.

–No vas a contarme nada más que eso, ¿no?

–No –sonrió.

–¿Alguna vez te han dicho que eres terrible?

Amy lo miró a los ojos y él la sujetó por la barbilla antes de besarla. El beso provocó que ella recordara sus caricias, sus dedos en el interior de su cuerpo y las cosas que le había hecho con la lengua.

Leo la besó una vez más y dijo:

–Mientras dure, solo tendré esta relación. Además, no me dejas mucha energía para otra persona –murmuró contra su boca antes de empezar a juguetear con su lengua.

Ella lo besó y le acarició la nuca.

–Ha sido una mañana mala y todo el mundo está un poco tenso con lo de esta noche. Sobre todo, con esto de la gala.

–A ti te encantan los retos –dijo él, antes de tomarla en brazos para que ella lo rodeara por la cintura con las piernas. La besó en el cuello varias veces y comentó–: Estoy deseando verte con el vestido. El año que viene serás…

Amy se percató del placer que sentía al restregarse contra su miembro erecto y no hizo mucho caso de sus palabras. Momentos más tarde, apoyó las manos en el torso de Leo y se movió para bajar al suelo.

–¿El año que viene? No estaré aquí el año que viene. He venido para seis semanas.

–¿Quién sabe dónde estaremos el año que viene? Vivamos el momento –comentó él–. No actúes como si te estuviera reteniendo aquí contra tu voluntad.

–No podría marcharme antes de la gala, no sería justo.

–Eres muy amable –dijo con sarcasmo.

Ella se puso tensa.

–Nos estamos divirtiendo. ¿Por qué tienes tanto miedo de admitirlo?

–Sé que a ti te conviene tenerme por aquí.

Él soltó una carcajada.

–¿Convenirme? Eres muchas cosas, Amy, pero conveniente no es una de ellas.

–Nunca vas a perdonarme por el pasado, ¿verdad?

–Déjalo, Amy. Entiendo que la situación con tu madre fue terrible y que tenías que quedarte, pero podías haberme llamado.

–Intenté contactar contigo.

–Déjalo, Amy.

–¡No me crees! Te llamé, pero me habías bloqueado. Intenté seguirte en las redes sociales. Estaba desesperada. Y entonces…

–Muy bien, te creo, pero déjalo, Amy.

–Me subí a un tren sin saber adónde iba, porque necesitaba contarte algo importante.

–¿El qué? ¿Que el amor puede con todo?

–No, que estaba embarazada.

Se hizo un silencio.

–¿Estabas embarazada y no me lo dijiste?

–Acabo de decirte que intenté llamarte.

–¿Un hijo mío? –La miró fijamente–. ¿Dónde está?

–Tuve un aborto.

–¿Y no me lo podías haber contado durante estos días?

–¿Para qué? Es historia.

–¿Lo es? ¿O es tu versión de la historia? ¿Cómo sé que hubo un bebé? ¿Cómo sé que no lo diste en adopción? Podría tener un hijo y no…

Ella se quedó helada al oír sus acusaciones.

–Si crees que soy capaz de todo eso, creo que deberías buscarte otra cocinera. Además, esta Cenicienta no lleva trajes de noche y ¡odio el rojo!

Capítulo 13

Había sucedido lo que Amy siempre había temido. Que Leo la rechazara después de enterarse de que había estado embarazada. Nueve años más tarde, era justo lo que había pasado. Amy no derramó ni una lágrima y regresó corriendo al castillo sin mirar atrás.

Se marcharía al día siguiente. No podía dejarlos en la estacada esa misma noche. Ben podía quedarse con el negocio de la camioneta. Necesitaba un cambio radical.

Sintió una punzada en un costado, pero, como no le daba tiempo a relajarse en la ducha, se puso el uniforme y bajó a la cocina.

Echaría mucho de menos aquel lugar. Pero no a él. Lo odiaba. Había conseguido que ella lo amara de nuevo y ella nunca le perdonaría por lo que él le había dicho. Sus acusaciones eran… Se estremeció al recordar sus palabras, y el vacío que había sentido después de perder al bebé.

Leo no la vio marchar. Se volvió pensativo para contemplar el mar.

Había bloqueado su número… Lo recordaba. La idea de que ella hubiera estado sola, como su madre, enfrentándose a la pérdida de un bebé sin apoyo, provocó que algo se encogiera en su interior. Quizá debería preguntarse por qué ella no había confiado en él para contárselo después.

Y cuando por fin lo había hecho, él había arruinado cualquier posibilidad de estar juntos, de formar una familia. Deseaba una familia. Una familia con Amy. La amaba, siempre la había amado y siempre la amaría, pero había sido demasiado cobarde para admitirlo

y decírselo. Además, ella le había dado todo lo que él le había pedido sin pedir nada a cambio.

Regresó caminando por la playa, pensando en que corría peligro de convertirse en alguien como su abuelo. Un hombre que conseguía apartar de su lado a todos los que quería.

–¿A qué hora vas a salir a la fiesta, chef? –bromeo Jamie.

–Creo que me lo voy a ahorrar.

–No, tienes que salir en representación nuestra.

–¿No te encuentras bien, Amy? –preguntó otra persona.

–No mucho. Estaré bien –dijo forzando una sonrisa.

–¿Por qué no te retiras temprano?

Amy agradeció la sugerencia, aun sin saber quién la había hecho.

–Creo que es buena idea. Yo solo… ¡Oh, cielos!

Oía voces y veía rostros, pero entonces se tambaleó y empezó a ver puntos negros.

–¡Leo! –exclamó antes de desmayarse.

–¡Jamie, llama a un médico! –ordenó otro cocinero.

Amy volvió en sí y trató de levantar la cabeza.

–Tengo que …

–Tienes que tumbarte.

–Estoy tumbada –dijo ella–. Tengo que levantarme. –Sintió un fuerte dolor y se dio cuenta de que no podía.

Su abuelo vio que Leo llevaba una copa en la mano y arqueó una ceja.

–No es tu primera copa de esta noche.

–Y no creo que sea la última –repuso Leo con sarcasmo–, pero no te preocupes, no mancillaré el apellido familiar.

–¿Dónde está nuestra cocinera?

–No creo que vaya a salir. De hecho, estoy casi seguro de que voy a necesitar encontrar a otra persona. –Esperó, no hubo respuesta–. ¿No vas a echarme la charla acerca de los peligros de acostarse con el servicio?

El hombre lo miró sin cambiar la expresión de su rostro.

–Entiendo que vas a quedarte ahí sentado, sintiendo lástima de ti mismo toda la noche.

Leo se puso en pie.

–Ya sabía que eras idiota, Leo, pero no que también eras un cobarde. Estoy avergonzado de ti.

Leo se inclinó sobre su abuelo.

–Yo también. –Esbozó una sonrisa y se terminó la copa de champán.

El miedo había impedido que él la siguiera para suplicarle que lo perdonara. Miedo a que ella lo rechazara por última vez. Y no la culparía si lo hiciera.

–Puedo cambiar.

–No me lo cuentes a mí… Cuéntaselo a ella.

Una persona trajeada los interrumpió.

–Lo siento, pero creo que debería saber que…

–¿Qué ha pasado?

–La señorita Sinclair no se encuentra bien. Se ha desmayado.

–¿Dónde está?

–Sigue en la cocina. Pensamos que era mejor no moverla hasta que la vea un médico.

–¡Ve! –le ordenó su abuelo.

Al verlo salir corriendo, le comentó al mensajero:

–Como si alguien pudiera detenerlo.

Habían desalojado la cocina y solo estaba la chica joven, Amy y el médico que habían encontrado entre los asistentes.

Leo notaba una fuerte presión en el pecho y se sentía culpable por haberle dicho todo lo que le había dicho. La había encontrado después de nueve años y podía haberla perdido de nuevo.

Era joven, no podía morir.

Pero su madre también era joven y murió.

Trató de no pensar en ello y, cuando trató de acercarse a ella, el médico le dijo que tenía que hablar con él primero.

–¿Qué ocurre? –preguntó Leo con impaciencia.

–Supongo que estoy hablando con usted como su pareja, y no como su jefe.

Leo asintió.

–Bueno, tendrán que confirmarlo en el hospital, pero parece que puede estar sufriendo un aborto.

–¿Cómo? No puede ser… ¿Está diciendo que está embarazada?

–Sí. La señorita Sinclair tampoco lo sabía, pero tras nuestra conversación sugeriría que está de muy poco tiempo. No suele ser lo habitual, pero teniendo en cuenta su historial…

–Pero eso fue hace nueve años… Y sí, entonces también era mi hijo. ¿Corre peligro?

–Me quedaré más tranquilo cuando esté en el hospital.

Leo se puso pálido.

–¿Y el bebé?

–Me temo que no he encontrado latido, pero no estoy seguro. El hospital tiene mucho mejor equipo que mi estetoscopio. La ambulancia aérea debe estar al llegar.

Leo respiró hondo y se agachó junto a Amy. Miró a la chica joven que estaba a su lado y le dio las gracias.

Ella sonrió.

–Chef, ¿quiere qué…?

–Vete, Jamie. Y gracias.

Cuando Jamie se marchó, Leo agarró la mano de Amy.

–Te estás perdiendo la fiesta. No, no puedes gritarme –añadió al ver que estaba a punto de estallar–. Soy yo la que está mal…

–¿Te duele?

–No, estoy bien.

–Mientes muy mal –dijo él, y le retiró un mechón de pelo de la cara.

–Siento que haya pasado esto. Sé que hemos tenido cuidado, y es lo último que…

Leo le cubrió los labios con un dedo.

–Calla, y no me digas que es lo que quiero o siento.

–Estás siendo tan amable conmigo. Jamie no le contará a nadie lo nuestro, le he pedido que no lo haga. Puede que también se lo haya contado al doctor, porque estaba muerta de miedo.

–Sabes que nunca soy amable y Jamie puede gritarlo a los cuatro vientos si quiere.

La besó en la frente y provocó que a Amy se le llenaran los ojos de lágrimas. Sabía que él estaba haciendo todo aquello por el bebé.

Leo se percató de que había un gran revuelo en la puerta.

–Ha llegado la ambulancia.

–Odio los hospitales.

–Todo el mundo los odia.

–Mi madre entró y salió tantas veces… Pensé que se iba a morir tantas veces, antes de que se muriera de verdad… A ella le gustaba que yo le leyera y…

–No te preocupes. Estaré contigo.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo –contestó él, sujetándole la mano.

Amy no recordaba mucho del vuelo en helicóptero hasta el hospital. Solo que había ido agarrada a la mano de Leo en todo momento.

Le hicieron montones de pruebas, pero la única importante para ella fue la ecografía. El momento en el que oyeron el latido.

–¿Quieres ver al bebé? –le preguntó el médico con una sonrisa.

Leo le apretó la mano y, cuando ella lo miró y vio que tenía los ojos humedecidos, comenzó a llorar.

–Señor Romano, puedo hablar con su pareja o…

–Estaremos juntos –miró a Amy y ella asintió–. Nos enfrentaremos juntos a esto, Doctor.

–Como saben, el bebé está bien, pero hay algunos asuntos que comentar.

–¿Es como la última vez? –preguntó Amy.

–Por lo que me ha contado, podría ser.

–Había mucha sangre. ¿Está seguro de que el bebé está bien?

–La sangre es muy escandalosa, señorita Sinclair.

–Llámeme Amy, por favor.

–Bueno, Amy, tienes lo que se llama placenta previa. Eso significa que la placenta se ha desarrollado muy abajo en el útero. A veces

puede bloquear el cérvix, pero en tu caso solo parcialmente.

–No suena muy bien.

–Es posible que se solucione solo a medida que avance el embarazo. Si es así, podrás tener un parto natural. De lo contrario, tendremos que hacerte una cesárea.

–De acuerdo, esa es la parte positiva. ¿Y la negativa?

–Bueno, podría ser que se te adelantase el parto, o que haya un sangrado abundante, pero eso sería el peor escenario. También habría que hacer un buen seguimiento de futuros embarazos.

–¿Amy corre peligro? –preguntó Leo.

–Los futuros embarazos también podrían ser normales –dijo el médico.

Leo apretó los dientes. No habría más embarazos. Amy era su familia. Era todo lo que necesitaba. No podía arriesgarse a perderla.

–Muchas veces se resuelven solos en esta etapa. La mayoría no requieren ni reposo absoluto, solo asegurarse de que no se hace nada que presione la pelvis. En tu caso, puesto que todavía hay sangrado, te recomendaría reposo en cama.

–¿Tengo que quedarme en el hospital?

–No, podrías irte a casa. Habría que monitorizarte, claro…

–Sí –dijo Leo, y vio que Amy asentía aliviada.

–Os dejo que habléis en privado. Si tenéis alguna pregunta, estaré disponible.

Amy esperó a que se cerrara la puerta y soltó la mano de Leo.

–Estás apoyándome mucho, y te lo agradezco. –Lo miró–. Sé que no vas a creerme, pero no sabía lo del bebé.

–Te creo –repuso él.

–Ah, me alegro. Estoy en *shock* –admitió ella–. Debió ser la primera vez, teníamos tanta prisa…

–Yo también estoy en *shock*.

–Mira, sé que estabas en una posición incómoda con el médico aquí, pero comprendo que no quieras que tu vida se altere de esta manera. Estaré bien en el hospital.

Leo se inclinó hacia ella y la miró a los ojos.

–Yo no estaré bien si te quedas en el hospital. De hecho, solo dejaré que te quedes aquí si me quedo yo también.

–Pero…

Leo colocó un dedo sobre sus labios.

–Llevas a mi hijo en el vientre, Amy. No estuve a tu lado la última vez y no me lo perdonaré nunca. Te debo una disculpa por cómo reaccioné cuando me contaste lo del primer embarazo. No hablaba en serio, pero es imperdonable.

Ella notó que se le aceleraba el corazón.

–¿Me has perdonado por no habértelo dicho?

–No tengo que perdonarte nada, pero no estoy seguro de haberme perdonando a mí mismo. Parece que estar enamorado no ha hecho que sea menos cobarde o bastardo.

–¿Enamorado?

–Nunca he dejado de amarte, Amy. Ahora comprendo por qué te alejaste. Estabas sola en una situación complicada. Y mi respuesta fue bloquear tu número. Estoy muy disgustado conmigo. Eres una mujer valiente y fuerte, y yo he estado mintiéndome acerca de lo que he sentido por ti durante los últimos nueve años. No he dejado de sufrir desde que te perdí.

Amy se secó las lágrimas.

–Por favor, dime que esto significa que estás contenta.

–Por supuesto que sí, pero esto no puede funcionar. Si pierdo el bebé –se cubrió el vientre con la mano–, cosa que podría pasar…

–Si pasa, no habrá más bebés. No puedes correr riesgos. No lo permitiré. Si te perdiera, ¡no me recuperaría jamás! Y no quiero volver a vivir ese momento de verte tumbada en el suelo.

–Tu abuelo quiere un heredero. No quiero interponerme entre vosotros.

–Me tiene a mí. Si no es suficiente, ¡que se reproduzca él! Lo único que me importa es ser suficiente para ti, *cara*.

Llorando, ella asintió y lo abrazó.

–Eres más que suficiente, Leo. De hecho, a veces eres demasiado –sonrió.

Él la besó con delicadeza.

–Nada de esto parece real –dijo ella, agarrándolo de las manos–. Es una locura. Estoy en el hospital, asustada de muerte, y muy feliz porque te quiero. Leo, no tengo palabras para decirte cuánto.

–Pasaremos esto juntos, amor mío, y no volverás a tener miedo ni a estar sola.

Epílogo

Leo, que había estado paseando por la biblioteca con el carrito, se detuvo al ver que Amy aparecía envuelta en seda y con el fotógrafo detrás. La miró boquiabierto.

–¡Leo! –Ella giró dando una vuelta.

–Estás preciosa. –Dio un paso atrás y se inclinó hacia delante.

–¿No da mala suerte que veas el vestido antes de la boda? De hecho, tú tampoco estás mal.

–Ese vestido lleva dos semanas colgado en nuestra habitación.

–Tienes razón –admitió ella–. ¿No crees que el top es demasiado apretado? Amamantar ha hecho que tenga… –Se acercó al carrito–. ¿Se ha dormido?

–Compruébalo tú misma.

Un par de ojos marrones miraron a Amy en cuanto se inclinó.

–Sabes que igual no para de llorar durante la ceremonia, pero supongo que, si no fuera por ella, no nos estaríamos casando.

Leo frunció el ceño.

–¿Sugieres que solo te he pedido matrimonio por nuestra bellísima hija?

–¡Por supuesto que no!

–¿O que aceptaste por ella?

–No, acepté porque te quiero. –Le acarició la mejilla–. Esto… nosotros… todo… A veces me parece un sueño.

Leo miró al fotógrafo. El hombre estaba seleccionando fotos en la cámara, ajeno a su conversación.

–Por cierto, el top te queda perfecto. –Leo se inclinó y le susurró algo al oído.

Ella hizo un gesto hacia el fotógrafo y Leo comentó:

–Está en su mundo… –Después, alzó la voz y preguntó–. ¿Qué tal ha ido? ¿Lawrence?

–¿Disculpa? –preguntó el fotógrafo.

–¿Qué tal ha ido la sesión de fotos?

–Muy bien, diría yo.

–La última vez dijiste lo mismo, pero mi esposa no estaba de acuerdo. Debe ser tu peor cliente.

–No… no… Solo es muy perfeccionista.

–Ignóralo, Lawrence –lo interrumpió Amy–. Ahora son perfectas.

–Te mandaré los contactos para que los revises.

Cuando el hombre se marchó, Amy se volvió hacia su esposo.

–Ya tienes toda mi atención.

–Sabes hacer muchas cosas a la vez. Una boda, un bautizo y una sesión de fotos.

–Lo siento, no sabía que iba a venir esta mañana. Lo había programado para la próxima semana, pero se ha confundido.

–¿Tengo buen aspecto?

–Tienes vómito en el hombro.

–¡Cielos! ¿Se nota mucho?

–Yo lo huelo.

–Pues tú tienes crema en el trasero.

–¡No! –dijo ella, tratando de no mirar–. ¡Sabía que debía haberme cambiado después de la sesión!

–Yo también puedo olerte, y hueles de maravilla. De hecho, te deseo. –La abrazó y añadió–. Te quiero.

–Leo, sé que no era buena idea hacer la sesión de fotos hoy. ¿Quién en su sano juicio escribe un libro de recetas cuando está embarazada?

Él le mordisqueó el cuello.

–Tú.

Amy pestañeó y le acarició el mentón.

–Admítelo, te habrías vuelto loca haciendo reposo todos esos meses, de no haber tenido esa distracción.

Ella se rio y lo besó.

–Es verdad.

No solo había sido la inactividad, también el miedo constante a perder el bebé. Ella había rechazado la idea cuando Leo le sugirió que escribiera el libro, pero, en cuanto empezó, le pareció una maravillosa distracción. Desde luego, nunca pensó que llegaría a publicarse.

No obstante, ese día no trataba del libro, sino del compromiso que iban a adquirir delante de todas las personas importantes en sus vidas.

Amy se alegraba de que Leo comprendiera que ella necesitaba que su padre estuviera allí, a pesar de que nunca fueran a ser amigos. Por Amy, lo había ayudado a desvincularse de todos los negocios sucios y el hombre vivía una vida tranquila ya jubilado.

Un llanto provocó que ambos miraran hacia el carrito.

–Mereció la pena, ¿verdad, Leo?

–Es perfecta… Y tiene unos pulmones estupendos –comentó riéndose.

Amy observó cómo miraba a su hija y se le llenó el corazón de felicidad.

–Hay que cambiarla…

–Lo haré yo. Llevas el vestido de novia.

–Pensé que ya se había ensuciado.

Tomando al bebé en brazos para que se calmara, Leo le dijo:

–Estaba bromeando. Estás perfecta. Siempre estás perfecta.

Ella se rio.

–Sé que estás mintiendo.

–Tú, mi amor, mi vida, eres mi única verdad –dijo él con voz solemne.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo